6154

EMILIO PRADOS

JARDIN CERRADO

CUADERNOS
AMERICANOS

EMILIO PRADOS

JARDIN CERRADO

CUADERNOS AMERICANOS

10

MEXICO

1946

PQ6629
.R37
J3

JARDIN CERRADO

NOSTALGIAS, SUEÑOS Y PRESENCIAS

LIBRO del mejor abolengo poético, *Jardín Cerrado* parece corresponder, en la lírica de lengua española, al momento agudo de crisis transformativa entre los mundos diferenciados del ayer y del mañana. Así, vestidos de nostalgias y sueños, bajo una gran modestia y recogimiento de formas, se oyen resonar en él los acentos más puros e impalpables que alcanzaron los místicos, las palabras últimas, las indecibles. Mas su impulso lleva en sí las presencias tempranas de una estación más avanzada y nueva. Porque la persona misma de Emilio Prados, pura tradición peninsular, ha resonado entre las manos de los días que, envuelto en el destino del pueblo español, le trajeron al Nuevo Mundo para sentirse objeto del trasplante y exaltación decisivos. Su *Jardín Cerrado,* "cerrado como una simiente o un ataúd", no conoce otra salida que la que el cielo le brinda. Visiblemente, en el hombre que aquí germina para crecer en árbol, somos todos hombre al cielo. Muy pronto ello se advierte en la sucesión de escenas entrecortadas que, balbuceando su drama profundo, forman el oleaje psíquico de este poema admirable. Página a página, incidiendo a través de cada uno de los personajes cósmicos del jardín, la conciencia del ser humano rebasa dolorosamente el dualismo del mundo antiguo, no para halago superficial del lector, sino viviendo ella misma, en su propia sustancia sensible, frente a la realidad absoluta y ante los ojos de todos, el proceso metafórico de su transfiguración.

No pocas de las páginas de este *Jardín* figurarán en el más exigente florilegio de la poesía española. No es esto, sin embargo, lo importante de *Jardín Cerrado,* sino el fenómeno que formula su presencia. "Estamos — dice Juan Larrea en sus palabras liminares— ante uno de esos raros libros que cuentan, no en los anaqueles de una literatura, sino en el horizonte de la experiencia humana creadora".

Printed in Mexico.

.020098417

1-

Para Alfonso Reyes con
mi admiración y
amistad verdadera

E Prados

México 1946

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

1020098417

1–

Para Alfonso Reyes con
mi admiración y
amistad verdadera

E Pradilla

México 1946

BIBLIOTECA CENTRAL
U.A.N.L

JARDIN CERRADO

(NOSTALGIAS, SUEÑOS Y PRESENCIAS)

U.A.N.L.
BIBLIOTECA CENTRAL

10
32076
BIBLIOTECA CENTRAL
U.A.N.L.

Todos los derechos de propiedad asegurados conforme a la ley.

COPYRIGHT, 1946, BY
CUADERNOS AMERICANOS

IMPRESO Y HECHO EN MEXICO
PRINTED AND MADE IN MEXICO

EMILIO PRADOS

JARDIN CERRADO

(NOSTALGIAS, SUEÑOS Y PRESENCIAS)

Ingreso a una Transfiguración

Por Juan Larrea

EDICIONES
CUADERNOS AMERICANOS

MEXICO 10 MCMXLVI

32076

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

XIV-2-18
1946 m.10

PØ 6629
.R37
I3

EMILIO PRADOS

JARDIN CERRADO

(NOSTALGIAS, SUEÑOS Y PRESENCIAS)

Ingreso a una Transfiguración

Por Juan Larrea

EDICIONES
CUADERNOS AMERICANOS

10

MEXICO MCMXLVI

32076

BIBLIOTECA CENTRAL
U.A.N.L.

INGRESO A UNA TRANSFIGURACION

6087

RESPONDE este libro, según entiendo, a una pregunta latente desde el día en que la capital de España fué víctima de sus enemigos en 1939: —¿Qué suerte habrá cabido a aquel poeta que en el romance sin duda más bello y temerario de la guerra española se atrevió a suponer que Madrid era su cuerpo?

(Entre cañones me miro,
entre cañones me muevo:
castillos de mi razón
y fronteras de mi sueño. . .
. . .¿Dónde comienzas, Madrid,
o es, Madrid, que eres mi cuerpo?)

Este *Jardín Cerrado* —cerrado como una simiente o un ataúd— es su libro diario desde entonces. Ábrasele por cualquier página para vislumbrar lo inusitado de su destino. Mientras en poder de quienes daban vivas a la muerte, Madrid yace y se descompone, su poética incorporeidad vaga por otro mundo como ánima en pena. Vaga entre el ser y el no ser por regiones difícilmente accesibles donde, no la conciencia del poeta sino el universo entero, parece haberse desmaterializado. Todo permanece en suspenso, prendido en la lira de no se sabe qué arcangélica araña de cristal. Mas todo persiste en ella aleteando, resonando, embalsamando el silencio, un silencio de cielo y alma presentes.

Mas si se penetra en ese *Jardín* por su portada, se siente uno presa, al poco andar, de un capcioso laberinto en el que es imposible retroceder ni detenerse. El camino, un camino en arabescos, se nos ha enredado a los pies y hala de nosotros. Giran las cosas armoniosamente a nuestro borde o canto, giran afilándonos como navajas que centellean al pensar en el corazón de la noche. La verdad es que hemos caído en una devoradora trampa. Ese "Jardín Perdido" que da nombre a la primera parte de este poema-libro, empieza por rebasar inmensamente la idea que de él nos habíamos formado. Su destierro se hunde bajo nuestras plantas a profundidades increíbles. Decantados de espejo en espejo, somos vertidos, de poema en poema, a una interna dimensión. En lugar oportuno se nos anuncia que el itinerario que seguimos se propone atravesar los escondrijos de la noche. Más: "que vamos a dormirnos a orillas de la Nada" donde soñaremos cuanto hay que soñar para trasferirnos a lo eterno y "ver a Dios cara a cara". Tendidos en la hierba y a punto de cerrar los ojos, vemos avanzar hacia las candilejas siderales la soledad, el olvido, la muerte, todos ellos en persona, y en particular nuestra propia muerte por desolación. ¿A qué viene esa repentina atmósfera de auto sacramental donde los conceptos, al retorcerse barrocamente, desprenden un inesperado regusto a siglo de oro? ¿Será la vida sueño y estaremos metidos —encastillados— en el gran teatro místico donde urde sus abstractos enredos y razona su ilusión de ser la metafísica?

Sí y no. Estamos y no estamos en el redil de los místicos. No estamos en la noche oscura del alma. Mas sí estamos, inauditamente, en la noche oscura del cuerpo. Esto es, se nos

ha desvanecido la noción corpórea y nos desalamos lastimeramente en su búsqueda. Porque *aquel jardín que perdimos era nuestro propio cuerpo.* He aquí algo que se nos repite insistentemente para que se nos quede bien clavado —y en abierta cruz— en la conciencia. Además, por muy arbitrario que se nos antoje, jardín, nuestro cuerpo lo había sido siempre. Al traducir a imágenes sus sensaciones psíquicas, el poeta se ha limitado a reinventarlo. Antes de que lo árabe invadiera la península, por ejemplo, allí por los tiempos y lugares de San Isidoro, se escribía: "En el cuerpo [del hombre] hay nueve medidas muy bien equilibradas: cuatro principales, tierra, agua, aire y fuego; y cinco subsiguientes, sal, heno, flores, piedras y nubes. El heno está en los cabellos; las flores en la variedad de los ojos; la sal en la sangre, en el sudor y en las lágrimas; las piedras en la pesadez y en la dureza; las nubes en la instabilidad de la mente y de los pensamientos". Sí, hemos perdido nuestro cuerpo habitual, nuestro cuerpo adámico de "tierra", nuestro jardín —tierra, aire, agua y fuego—, y andamos entre las malezas de la angustia, a orillas de la Nada, rastreándolo.

Sin embargo, el jardín que buscamos en esta noche oscura del cuerpo pronto nos apercibimos que ha dejado de ser nuestro antiguo jardín. Porque en realidad nuestro trayecto coincide con el de la simiente desprendida de un cuerpo en busca del suyo propio. Estamos consignados a un indeciso más allá, una de cuyas estaciones intermedias se denomina *Muerte.* Nuestra conciencia se ha encerrado en esta metafórica semilla que es preciso que muera, para trasportarnos al otro lado en calidad de mucho fruto. ¿Muerte mística —morir para despertar— o

muerte de quién? El proceso guarda evidentemente concordancia estrecha con el de los místicos que buscan en el dominio de lo abstracto lo absoluto del Ser para derramarse en él y diluirse. Aquí andamos no menos comprometidos en un proceso de trasmutación o metamorfosis, pues que el hombre en nosotros, preñado de sí mismo, avanza en ansias de transfiguración. Es ello consecuencia natural de la gran aventura del alma española desde sus orígenes, que ha de ser alumbrada entre las dos columnas de su más allá, y sólo una de cuyas manifestaciones en el tiempo fué la mística de nuestros siglos XVI y XVII. Mas lo que hoy y aquí ocurre es, naturalmente, cosa distinta a lo ocurrido entonces. Hoy ya no tiende nuestra conciencia a lo universal abstracto, única manera en aquella sazón de ascender al nivel más volátil de la esencia humana, sino que partiendo de lo abstracto, rondamos la desembocadura en lo universal concreto. Esto es, hemos pasado de la zona del subjetivo inefable a la de lo objetivo verbal o trasmisible. Ya no es por tanto, la personalidad de un individuo lo que busca identificarse con el ente universal, sino más bien la conciencia de un pueblo que se desensimisma. Porque si es "uno" el que vive aquí líricamente el fenómeno, sobran indicios para colegir que, bajo el disfraz de la individualidad, se oculta la razón poética del conjunto, la cualidad trascendental de su Verbo.

¿Qué es, pues, esto que estamos aquí viviendo entre frondas de aliento popular, en una secuencia de coplas, soleares, romances, fandanguillos y hasta canciones infantiles?... Digámoslo de una vez. Todo en este *Jardín Cerrado* gira en torno de un árbol que, cuando bien lo singularicemos, resultará ser el árbol de la Vida. Ese árbol, tomando la parte por el jardín, es el hombre —se repite explícitamente con frecuencia. De otro lado, "el cuerpo del hombre es la cruz". Es, pues, el árbol de la cruz, ara donde a los cuatro horizontes se verifica la muerte mística, trampolín bueno para el salto mortal que trasciende al Paraíso. Pero el árbol —el álamo que tanto se nombra: *populus, populi*— es el pueblo mismo. El pueblo de la Madre España sacrificado en su cruz. Volvemos forzosamente a pensar en Madrid, centro geométrico de España a donde se introvertió mística y disparatadamente la vida nacional cuando el impulso místico traducía la substancialidad de nuestra península. "De Madrid al cielo". En efecto, al cielo vamos. Pronto estaremos con él en el Paraíso.

Puntualicemos más y en lenguaje algo más llano. Este poema orgánico de profundas y recatadas vísceras, arranca de un jardín o cuerpo perdido. Dicho jardín, arropado en cendales nostálgicos, empieza por ser España. ("El jardín es el principio de una sangre que se aleja"). Pero pronto el poema tuerce su curso al enriquecerse con el tema esencial del poeta en quien se formula el fenómeno: la huída de un cuerpo en busca de otro. Resulta en consecuencia que nuestro camino o sangre avanza al encuentro del cuerpo hispánico. Un resbalón a tiempo, y nos precipitamos en una cavidad mucho más honda. Vemos allí cómo nuestro sueño particular —individual o colectivo— desemboca en otro sueño de amplitudes universales aunque de contenido idéntico. Dejamos entonces de ser lo que en nuestro sentir éramos, al darnos cuenta de que lo que en verdad sucede aquí cuando damos nosotros esos pasos, es que la humanidad está buscando su cuerpo, aquel jardín que dícese perdió al ser condenada a muerte en el remoto y pro-

verbial Paraíso donde crecía el árbol de la Vida. Tenemos, pues, como en los catalejos, varias secciones de sueño que encajan unas en otras y que debidamente ajustadas permiten contemplar nuestro horizonte psíquico primigenio y cerrar el período: el caso particular del poeta, la tragedia extravertiente del pueblo español, el proceso transformativo del psiquismo occidental. Todo ello constituye un complejo orgánico de metamorfosis que, con miras al despertar, cruza coordenadamente las regiones humanas más recónditas, hasta dar con el punto donde efectúa su cometido instrumental la muerte. Antes y después la poesía va palpando, haciendo vibrar y cantar, cuanto encuentra a su paso en busca del cuerpo verdadero del hombre y de su nombre. A fin de augurar su porvenir, no vacila en disponer en forma de solitario las escenas de su profundo drama. El hado es favorable. Tan favorable, que tras una serie de circunloquios y vicisitudes, henchido ya el pecho de "otro amor", al final del poema, cuando empieza a rayar el nuevo día, inicia el jardín su ascensión transfiguradora: "¡Arriba el árbol!". Así, precisamente, por el árbol edénico, se ascendía en *La Divina Comedia* al Paraíso. Cuanto existe es objeto de maravillosa vida repentina.

¿Sin nombre el jardín? . . .
La luz, sin nombre, esperando
el cuerpo del hombre: ¡Luz!

Dilucídase todo: el cuerpo primero, traducía un estado de sombra que era preciso dejar y que, como la semilla, incluye dentro de sí la muerte ("la muerte es jardín cerrado... por la piel de mi cuerpo"). La metáfora básica del poema, cons-

cientemente o no, era casi con seguridad la apariencia de jardín que presenta el cielo estrellado. Vencida "la noche humana", el poeta —la conciencia poética— acaba por encontrar su cuerpo verdadero, el universo; y su nombre: la luz que lo cumple. Así lo puntualiza con increíble precisión el último poema, "El cuerpo en el alba":

Ahora sí que ya os miro
cielo, tierra, sol, piedra,
como si al contemplaros
viera mi propia carne.

Ya sólo me me faltabais en ella
para verme completo
hombre entero en el mundo
y padre sin semilla
de la presencia hermosa del futuro.

Mas hoy me abrís los brazos,
cielo, tierra, sol, piedra,
igual que presentí de niño
que iba a ser la verdad bajo lo eterno.

. . . . . .

Hoy sí mi piel existe,
mas no ya como límite
que antes me perseguía
sino también como vosotros mismos,
cielo hermoso y azul,
tierra tendida. . .

Ya soy, Todo: Unidad
de un cuerpo verdadero.

De este cuerpo que Dios llamó su cuerpo
y hoy empieza a sentirse
ya, sin muerte ni vida,
como rosa en presencia constante
de su verbo acabado y, en olvido
de lo que antes pensó aun sin llamarlo
y temió ser: Dominio de la Nada.

Se ha cumplido el germen y consumado el misterio: un misterio no local ni circunstancial sino universal. Estamos en el abra del despertar definitivo. Despierta personalmente el poeta a la Vida liberándose de los límites individuales. Despierta el alma española a la universalidad rompiendo sus confines nacionales. Despierta nuestra milenaria cultura al alba cósmica desatando las vendas de la mente occidental. La conciencia cósmica ha ocupado por fin el puesto que le corresponde en el cenit del Todo, como la llama —abejuela ardiente— distribuye su miel desde el ápice del cirio. El poeta —el creador— ha encontrado aquello que el Ser humano "presintió de niño" "que iba a ser la verdad bajo lo eterno": el Paraíso terrenal, en cuyo centro erigía su corpulencia el árbol de la Vida. Porque "el cielo es tierra", aquí, ahora. Ha encontrado, al despertar, su cuerpo transfigurado que es la ilimitada, la divina materialidad del todo. Se ha derramado, como la luz, en el ámbito total, reintegrando al torrente circulatorio lo que se hallaba sustraído. Cuerpo y espíritu constituyen en la conciencia una pura y coentrañada cosa. Vencida la noche creadora, empieza a rodar la esfera de un día nuevo y universal donde palpita la inmanencia deslumbradora de la Psique. Todo es poesía constante y brotante: Creación.

CONCRETANDO más. Sabemos positivamente *hoy en día* que la última década vivida corresponde al tránsito de un viejo a un nuevo mundo. Europa ha sido materialmente deshecha mientras que el continente americano, tal como fué vaticinado por sus poetas complementarios y mayores, Rubén Darío y Walt Whitman, se está incorporando al alba y en el alba. Paralelamente, la crónica decadencia española, en su postrer desesperado esfuerzo de salvación —de nuevo el auto sacramental—, ha arrojado su simiente, en encendida jaculatoria, al otro mundo o lado del Océano. Aquí, cambiando de cuerpo, ha venido creadoramente el enjambre de sus poetas al frente de su pueblo peregrino. Le bastó a uno de ellos, Emilio Prados, sembrarse en esta nueva tierra, para sentirse poseído, al margen de su voluntad, por un intenso vivir, ser adentro, prolongación del que ya traía vivido, pero en un nuevo, impensado y definitivo rapto. No era una simple operación de muda, a la manera de las aves, sino cosa más compleja y sustancial. Había penetrado en otro destino que empezaba por recapacitarlo y trastornarlo hasta su médula. Su conciencia poética, en el potro de la angustia, hubo de hacer frente a situaciones terribles y sombrías que para adormecerse exigían la incantación de la palabra. Ni le faltaron las contrariedades exteriores a propósito para adensar sus negruras. Así fueron, unas viviéndose, otras muriéndose, las diferentes páginas de este poema, suturando cada una un desgarrón. Sólo al calmarse el temporal y contemplar en su conjunto la obra escrita de esta forma, pudo el poeta comprender que el todo constituía un proceso de síntesis, coherente y orgánico, con un prin-

cipio y un fin y una vida interna propia y acabada en relación con éstos. Tal vez podría decirse que ese "otro" que hizo célebre a Rimbaud, se había ido poco a poco manifestando a través de su vida diaria con una técnica y un espíritu paralelos a los que conforman la historia misma del hombre, revelando la existencia de un orden psíquico superior. Como resultado práctico, esta experiencia proporciona al lector una clave verbal para comprender lo que en realidad de verdad ese "hombre que todos construímos", está viviendo en estos días de trasvase de destino. Porque de todo ello puede concluirse que el fenómeno poético vivido por el poeta Emilio Prados no es el de un individuo sino el propio del pueblo o Verbo hispánico al extraverterse y universalizarse, luego de cumplido el período de su mística crisalidación, proyectándose concretamente en el ámbito material de su nuevo mundo. Si después de sus nupcias con la universalidad, España se disoció y se retrajo al "ápice del alma", según la expresión de los místicos, en el siglo XVI, hoy que para el universo humano llega la hora de su verificación efectiva, vuelve España a incorporarse al mundo, mas constituída en el espíritu, transfigurada. También se puede concluir de la experiencia presente y con tanta mayor certeza cuanto que ya habíamos llegado al mismo resultado por otros caminos, que el nuevo mundo en ciernes materializa por lo pronto su presencia en el continente americano, a la presión de cuyo destino se debe el presente fenómeno poético. Más aún: que ese mundo no es ni podría ser otro que el previsto intuitivamente hace milenios con el nombre de Paraíso, donde la última dualidad del Ser, dios y hombre, creador y criatura —Poesía—, configuran una cabal convivencia

orgánica. Atando los cabos que nos tiende nuestro siglo de oro, tachonado de místicos, podremos afirmar también que la edad dorada, la edad de la luz solar o "alba de oro", se halla hoy día en alboreo. Recuérdese que la raíz *Div* de donde provienen nuestras palabras Dios y Divinidad, significa *luz*. El cuerpo iluminado de nuestra conciencia poética es, por tanto, en lenguaje trascendente, lo mismo que cuerpo divinizado, deshaciendo así la irreductible dualidad. Al decirse que el nombre de la luz es el hombre, se dice que éste sustantivamente es Dios. "Dios es luz" se cansó de repetir el evangelista. Por último lo que hoy vivimos, lo que se ha vivido y muerto en España, representa la operación de tránsito definitiva a esa fisiopsíquica morada suma.

Pudimos darnos cuenta desde el principio de la guerra popular española que el argumento de su acerbísima tragedia era esencialmente poético y de muerte y transfiguración. Murió sacrificado García Lorca representando por derecho propio a ese pueblo de España que atrajo a su causa a todos los poetas. Murió también la personificación de la dualidad agónica, hipertensa e implacable, de Dios y de hombre: Unamuno, al final de un período de tiempo (31 de diciembre de 1936). Al marcar el fin ("llegó, mi España, por fin la hora — del fin de todo, del fin final"), quedó su muerte suspendida en el tiempo como una flecha que nunca dará en el blanco pero que se ha transformado en eleática flecha indicadora del orto universal. Murió a su vez Antonio Machado, tan sustancialmente identificado con su pueblo español, extravertido, es decir, fuera

ya de España, a su orilla y en la del mar, adelantándose hacia el más allá, hacia la "otra ribera" o nuevo mundo. La muerte significativa, propia del primer término de un complejo de muerte y transfiguración, se consumó en estos tres poetas. Por otra parte, sabíamos con León-Felipe en quien se reproduce, esta vez en otra vertiente, la lucha entre el hombre y Dios, que su ansia de "ganar la luz", de hacerse con Dios o universalizarse, era asimismo negocio de muerte y transfiguración, encarnadas ambas en el pueblo ungido y espiritualmente salvador de España.[1] Este *Jardín Cerrado,* muerto y resucitado en olor de universalidad, viene ahora por sus peculiares caminos a confirmar espontáneamente la experiencia mortal y transfiguradora de los otros y a esclarecer el significado poético de los días actuales. Representan éstos, ya lo hemos dicho, el arranque de la universalidad, de la conciencia cósmica, y el instante para el Verbo hispánico de pasar del cuerpo peninsular al cuerpo de su Nuevo Mundo. Madrid, la mística y sustantiva capital de la Madre España (la España que se anuncia tendrá que ser una de sus hijas) ha rendido su espíritu en el universo. Su relación poética de equivalencia con el todo cósmico nos ha sido suministrada impensadamente por Emilio Prados al considerar a una y a otro como su propio cuerpo de poeta. Pero al operarse la trasmutación, el significado de

[1] Notabilísima en el más alto grado es al respecto la predicción de Unamuno (1924), referida a "la vergonzosa y estúpida tiranía... de la imbecilidad militarista" que "quiso propagar el catolicismo a espada" y "proclamó la cruzada": *"Cristo agonizó y murió en la cruz con efusión de sangre, y de sangre redentora, y mi España agoniza y va acaso a morir en la cruz de la espada y con efusión de sangre... ¿Redentora también?"* (La Agonía del Cristianismo).

Madrid, ápice del alma hispánica en que la conciencia se había encastillado, se expande por el universo mundo: todo en nuestras venas corpóreas y planetarias es Madrid, "ciudad de la sangre". No somos ya nosotros los que vivimos fuera de la Madre —de su conciencia—, es la Madre —su conciencia— la que, al morir en sí, permanece viviendo en nosotros, esa Madre en la que somos como pueblo universalizado, llamada a alumbrar el Nuevo Mundo: el Paraíso, el cielo en la tierra, el Ser humano en la unión de Dios y de hombre: América.[2] Desde hace ya nueve siglos, desde los días de san Bernardo, sabemos que la Virgen Madre y el Jardín del Paraíso son mutuas poéticas imágenes. Diez siglos antes aprendimos en Patmos que la esposa del Verbo, llamada a dar luz la nueva era, es —como Madrid, ¡oh *Mater Castitas* de Prudencio!, ¡casta es Castilla!— una ciudad translúcida —madre sin rotura ni mancha—, sin noche, y por tanto, sin templo —templo que era el antiguo cuerpo del hijo del hombre según el Verbo mismo—, en la que se ve a Dios cara a cara y en cuya plaza crece el árbol de la Vida. La ciudad caracterizada por este árbol no puede ser sino el humano Paraíso. Pero en los días de Patmos hacía ya un milenio que la Esposa Pacífica y morena del Cantar de los Cantares había merecido el nombre de *Jardín Cerrado* (IV, 12), remitiéndonos en derechura al Paraíso germinal. Las prodigiosas, las aparentemente desatinadas intuiciones de Emilio Prados coinciden de modo exactísimo con todos estos con-

[2] Para medir el alcance concreto y la calidad de experiencia vivida de esta poética realidad, no estará de más advertir que Emilio Prados ha entregado a la tierra americana su propia madre el 21 de Mayo del año en curso, estando este libro ya en prensa.

ceptos poéticos fundamentales que, según consta al que esto escribe, ignoraba el poeta prácticamente en absoluto. El juego ecuacional de valores líricos que objetiva la pantalla de su conciencia, cotejado con el consustancial a nuestra cultura, arroja un resultado plenamente acorde. No cabe prueba más auténtica de su natural y viva ortodoxia. A su amparo podemos suponer que la tradición intuitiva de nuestra cultura ha ido trazando milenariamente, en forma de zodíaco que nos circuye, la esfera del reloj psíquico donde nuestras experiencias actuales indican la hora justa de nuestra vida presente. Nos confirmamos una vez más que aquí es y en estos tiempos donde la Madre que vive en todos, materializada en forma de ciudad y fecundada por el Espíritu de la Palabra, de nuestra palabra española, se dispone a dar a luz paradisíaca al Ser humano, hijo, en cierto modo, de Dios y del hombre.[3] Al alcance de todos está traducir estos conceptos poético-teológicos a su propio lenguaje.

Los antiguos arúspices consultaban el vuelo de las aves o la palpitación de sus entrañas para augurar intuitivamente el sentido de los sucesos presentes y futuros. Metáfora hermosa que traduce la realidad de nuestros días. Porque si no se contempla en la actualidad el celeste vuelo de los poetas y el latir de sus pechos abiertos, difícil es que trascienda a nuestra conciencia

[3] Recuérdese una vez más que la representación poético-teológica del Nuevo Mundo de América, la Virgen de Guadalupe, recoge todos estos conceptos y es, con la luna a sus pies, vestida de sol y ataviada de estrellas y de flores, imagen cósmica de la Madre y del Paraíso.

el sentido profundo o contenido latente de nuestro ser histórico. Mientras la humanidad carezca de sus órganos intuitivos naturales, carecerá de vida verdadera en la Psique, esto es, continuará exclusa del huerto de delicias de la Imaginación creadora. No se concibe pueblo verdadero sin verdadera poesía profética, puesto que "sin poesía todo pueblo perecerá", diremos parodiando al libro de los Proverbios. Ahora bien, así como hay diversos géneros de aves, los hay de poetas. Unos cargados de achaques literarios y acicalados con vistosas plumas, que desde este Nuevo Mundo emigraron al antiguo o tienen en él sus oídos puestos. ¿Hasta qué punto es esto poesía, podríamos preguntarnos, si poesía equivale a creación? Pero los hay en cambio, que identificados vivencialmente con el cuerpo material del orbe y reclamados por la creación nueva, han realizado el camino en inverso sentido, que es el directo del lenguaje o Logos. Maravilla hoy ver cómo uno tras otro los poetas españoles de profundidad —y entre ellos Picasso con su *Guernica*— van rindiendo el espíritu de su pueblo en una revelación colectiva destinada a transformar la conciencia del mundo. Esta revelación poética española es la novedad extraordinaria de estos tiempos de universalismo incipiente.[4] Porque en esa revelación popular se quiebra por fin el tabique separatorio entre los mundos disociados de la apariencia y de la esencia, el cascarón del globo en que ha ido incubándose el ave del Espíritu. Orden interno y orden externo —creador y

[4] Obsérvese cuán nominal e irrevocablemente se halla vencido aquí, integrado a la plenitud del Ser, ese existencialista Demonio de la Nada que tanto ruido anda metiendo en las letras europeas y que ya empieza a enseñar su oreja en las hispánicas peninsulares.

criatura— convienen al fin, como en la física, en un solo orden vivible de unitaria y transfigurada plenitud. Mueve a admiración, por cierto, oír a estos soñadores que el vulgo imagina desflecados en las nubes, hablar concretamente de cuerpo nuevo, de ciudad nueva, de organización social nueva, como requisito indispensable para la promulgación y desarrollo de la apetecida materialidad del Espíritu.

PODRÁ este *Jardín Cerrado* llevar durante algún tiempo una vida confidencial y hasta ser desnaturalizado literariamente. Poco importa. Estamos en presencia de un libro orgánico que, por encima de las virtudes líricas que le adornan, constituye un fenómeno poético esencial. Estamos, por tanto, ante uno de esos raros libros que cuentan, no en los anaqueles de una literatura, sino en el horizonte de la experiencia humana creadora.

Juan LARREA.

México, 18 de julio de 1946.

LIBRO PRIMERO

JARDIN PERDIDO

I

NOSTALGIAS Y SUEÑOS

I

Árboles

En pie, delgado, altísimo
nivelador de vientos,
el material suspiro
de mi oculto silencio,
dejándome vacío
sobre la calle, expuesto
por falta de equilibrio,
al fácil atropello
del asalto de un grito
o del cruzar de un beso,
cansado, se ha evadido
del largo cautiverio,
desatándose al río
interior, de mi cuerpo.

Pesada está mi frente...
Tal vez mi pensamiento,
voluntario, sus alas
ha fundido en el tiempo.

No sé qué ardor de fuera,
como un sol de desiertos,
me aprieta en la garganta
la voz seca del sueño.

Mis pies, como dos sombras
larguísimas, al suelo
peligroso y urbano
del día están sujetos.

Todo el hablar seguro
de mi dolor, deshecho...
Los caminos, cerrados
para mi amor abierto.

Como un carbón inútil,
que ardió en inútil fuego,
cansado de mí mismo
mi soledad entrego.

Sólo un árbol me llama,
nivelador de vientos
sobre el jardín...
sus ramas:
índices hacia el cielo.

Mi frente está pesada...
A su sombra me acerco
a reposar...
Las alas
cruzo, de mis deseos,

y, a su hermosura blanda,
mi voluntad entrego.
¡Quiero dormir!...
—¿Quién habla
entre los tallos tiernos?...

En pie, delgado, altísimo
nivelador de vientos,
es el árbol, suspiro
de mi oculto silencio.

II

Álamo en calma
(tres de la tarde)

¿Quién roba luz en las ramas
del árbol?...

—Si todo el cuerpo
del verano, está prendido
por el azul del momento;
si el día, harto de sol,
duerme, cautivo, en el cielo;
si, entre los juncos, el agua
sueña en la aurora del viento,
y, el mundo es olvido...

—¡Sí!:
¿Quién roba luz en las ramas
del árbol?

III

Junto al Arroyo
Amanecer

Cauda del sueño,
lluvia del estío:
¿a dónde va
la nube en que has nacido?

Eco del bosque,
corazón del viento:
¿dónde la voz
que te dejó en el cielo?

Rumor del agua
entre los tallos débiles:
¿a dónde va
el frescor de tu corriente?

Cuerpo fugaz del hombre,
esbelto junco:

¿dónde olvidó tu sombra
su desnudo?

Belleza, soledad,
contemplación callada:
¿dónde el aroma fiel
de tu palabra?...

(La voz de Dios
resuena contra el tiempo...)
¿Dónde, el amor,
oculta su misterio?

IV

PRIMERAS NOSTALGIAS DEL JARDIN PERDIDO

I

Llanuras de Sol

Campo, campo y más campo...

—¿Y el olivar?
(Mi corazón, soñando).

Campo, campo y más campo.

(¿Qué me persigue, Dios,
qué me persigue?...)

Campo, campo y más campo...

¿Y ¿dónde el mar?
(Mi corazón, llorando).

Campo, campo y más campo.

2

Monte obscuro

La tarde ya está cayendo...
Y el viento:
mueve que mueve el romero.
¡El viento!

—¡Ay, qué grande es
todo el cielo sin viento!

La noche ya está viniendo...
Y el viento:
mueve que mueve el romero.
¡El viento!

—¡Ay, cómo luce
el lucero sin viento!

La noche, ya entró en el campo...
(¡Qué despacio
va el agua del río,
qué despacio!)...

Y el viento:
mueve que mueve el romero.
¡El viento!

3

Vega del Sueño

Oliva, olivar, olivo:
¡que viene el día!
(Y duerme el río)...

Olivo, olivar, oliva:
¡que viene el río!
(Y duerme el día)...

Olivo, oliva, olivar:
mi olvido, olvida olvidar...

¡Olivo!

4

INSOMNIO

¿Tordos en el olivar?...
—No, tordos, no.

(¿Qué tengo, que no duermo?
Soñar no quiero...
Pero, ¿qué tengo?)

—Tordos en el olivar, no.
No, tordos, no.

5

CAMPO ABIERTO

¿Sobre el olivo, el zorzal?...
—Silencio en el olivar.

—Y ahora que en el sueño estamos,
quisiera decirte, olivo...

(Vuela el zorzal...

Campo, campo).

6

NOSTALGIAS DE MAR Y TIERRA

1

MEDIA NOCHE

-¿Luna tendida en el monte?
—¡Luna de pie sobre el mar!

...Y el corazón, que va y viene
remando en la soledad...

2

AMANECER

¿Sale el sol?...

—El mar, se tiende
sobre la arena a esperar...
Sobre la arena, se duerme...

¡Sale el sol!

7

Refrán

Oye luna, párate,
que no es tan grande
el jardín
y hoy necesita de ti...

¡Párate!

V

Soledad en el Alba

Ay rosa, calla, calla:
ocultémonos juntos
bajo los pies del agua.

Ay, calla, calla viento:
bajo los pies del monte
dejemos nuestros cuerpos.

—¿Qué ocurre?
—El sol naciente,
—joya de primavera—,
luce sobre lo verde.

—¿Y el amor?...
—En olvido.

(Como un rumor de sueños
rueda el agua en el río).

VI

BAJO LA ALAMEDA

1

Ayer, tan cerca el jardín.
Hoy, ¡qué lejos!

Me voy perdiendo de mí,
para buscarme en lo eterno...

—¿Hoy?...
¡Qué lejos!

2

Con temores voy
pero voy.

Y esto que marcha
conmigo;
y esto que va
tras de mí,
y esta sombra
a la que sigo
con temores,
¿a dónde va?:
¿dónde voy?...

—Con temores.

3

-¿Y ese rumor?...

—Es el rumor
de las hojas secas.

—Y ¿por qué se quejan?

4

La noche, cerrada.
—¿Dónde está el jazmín?
Dormido en el agua.

(¡Qué alto el ciprés!
¡Qué alto el lucero!)

La fuente, callada.
—¿Dónde está la noche?
Dormida en el agua.

(¡Qué alto el ciprés!
¡Qué alto el lucero!)

Si te viera, amor,
si te viera...
—Ay ¿dónde está el agua?

(¡Qué alto el ciprés!
¡Qué alto el lucero!)

VII

Temor de Abril

¡Luz! —¿Tanta luz y tan lenta
y tan dulce y constante
y tan fiel, en la tierra?

¡Sol! —¿Tanto sol y no ciega
y no reduce al viento
y no agosta la yerba?

¡Flor! —¿Tanto aroma y se entrega
tan generosamente,
sin premio, a la belleza?...

De algo el tiempo se olvida
o de nada se entera,
o cauteloso y hábil
bajo este engaño acecha...

(Prudentemente el agua
se oculta en la alameda
y corre y corre y corre,
desconfiada y tierna:
avisando a la rosa,
despertando a la arena,
abrazándose al tronco
desmelenada, inquieta;
bajando a lo profundo
de la raíz, secreta,
para subir de nuevo
rápida mensajera,
a decir entre el musgo
y contar en las piedras
y desmayar su angustia
sobre el remanso abierta,
y, gemir corre y corre,
avizora y señera,
los ojos sobre el cielo
y por tierra la lengua,
sin saber dónde corre,
ni por qué su carrera...
Mas, corre, corre y dice:
—¿Tanta luz y tan tierna
y tan dulce y constante
en esta primavera?...
¿Tanta flor, tanto aroma,
tanto amor en la tierra?

¿Tanto beso en el aire?
¿Tanta flecha en espera?...
De algo el tiempo se olvida
o de nada se entera
o cauteloso y hábil
bajo un engaño acecha).

Está en el cielo el alba,
como una herida abierta...
Cruza el monte lejano
una nube sangrienta.

Sobre sus altas hojas
ya en temblor, la arboleda,
hacia la luz que avanza
su batalla presenta.

Y el agua, corre y corre,
oculta en la alameda,
dejando en todo el campo
su brillo de culebra.

Como el agua, mi sangre,
corriendo por mis venas,
por despertar mis sueños
mis temores despierta.

(Un doloroso anillo
mi corazón aprieta. . .)
¡Algo mi cuerpo olvida
o, cauteloso, acecha!

VIII

Refrán

¿Qué un lucero se apagó?...

¡No;
se paró
mi corazón!

—¡No!

IX

Mi Universo

Mi corazón está abriendo los ojos.
¡El día es mi corazón!

(¡Qué ancho! ¡qué largo! ¡qué alto!)

...Y ando y ando
y toco y llamo:
—Yo, yo, yo... Soy yo,
yo... ¡Yo!

(Silencio es mi corazón).

Mi corazón ha cerrado los ojos.
¡La noche es mi corazón!

(¡Qué hondo! ¡qué estrecho! ¡qué largo!)

...Y ando y ando
y toco y llamo:
—Yo, yo, yo... Soy yo,
yo. ¡Yo!

(¡Qué obscuro es mi corazón!)

Mi corazón se ha quedado sin ojos.
¡El mundo es mi corazón!

(¡Ay, cuánta estrella brillando!)

...Y ando y ando
y toco y llamo:
—Yo, yo, yo... Soy yo,
yo. ¡Yo!

(¡Qué lejos suena mi voz!)

Mi corazón, dura sombra sin párpados,
rompe en el viento su flor.

(¡Cuánto dolor sin espacio!...)

.....

Como una piedra en un pozo,
sobre la pared del tiempo
retumba mi corazón:

—Yo, yo, yo... ¡Soy yo!
Yo. ¡Yo!...

X

DOS SOMBRAS

1

NOCHE: ¡qué pocos luceros
tiene la frente del muerto!

—Dos, que yo le robé...

Devuélveselos, noche,
a ti te sobra cielo.

2

NOCHE: ¡qué dulce campana
se escucha bajo tu cuerpo!

—No es campana, lo que suena,
es mi corazón...
¡Silencio!

XI

Otra vez

¡Qué alto el ciprés!
¡Qué alto el lucero!

(¡Ay, cuántas hojas
sin viento!)

¡Qué alto el ciprés!
¡Qué alto el lucero!

(¡Ay, cuánta sombra
en el suelo!)

Solo estoy,
pero no estaba.
Cuando la luna salga,
solo estaré,
pero no estaba...

¡Sí, cuando salga la luna,
—¡qué alto el ciprés!,
¡qué alto el lucero!—,
ay, que noche tan obscura!

XII

Media Noche

La luna arriba entre nubes,
igual que un pétalo errante.

Sobre la tierra, callada,
Mayo nace.
—¿Mayo nace?

¡Nació la rosa!
—Al nacer
nadie la vió.
—¿Nadie?
—Nadie.

—¿Quién la vió vivir?
—El viento,
escondido entre los árboles.

—¿Quién la vió morir?
—El viento,

ya medio hundido en la tarde.

Está la tierra parada.
Mayo nace...
—¿Mayo nace?...

(Yo sueño con un camino.
Nadie lo ve, nadie, nadie...)

XIII

Gemir de Mayo

¿Quién llora bajo la piedra?
—La luz que aprieta.

¿Quién bajo el agua ligera?
—La luz que lleva.

¿Quién sobre el alto lucero?
—La luz del sueño.

Y ¿quién, con la lluvia canta?
—Es la esperanza.

Ya mueven las alamedas,
lentas, sus ramas.
Ya el jazmín su flor prepara,
y ya la luna se niebla
y el oro por nieve cambia...

¿Quién gime bajo la sombra?
—La luz del alba.

XIV

Copla

Algo me llama en la noche.
No sé qué es...

Algo en la noche me llama.
¡Miedo me da!

En la noche me entraré;
pero... ¿saldré?

¡Miedo me da!

XV

TRES NOSTALGIAS SIN TIEMPO

1

-¿Luna sobre el olivar?

(Se oye en el mar un quejido,
luego, el latir de una sombra,
más tarde, sólo un suspiro)...

—¡Luna sobre el olivar!

2

-¿Luz en el suelo?

(Como la luna, redondo,
el jardín encerrado
en la sombra...)

—¡Luz en el cielo!

—¿Luz en el cielo?

(La luna, como el jardín,
redonda, encerrada
en la sombra...)

—¡Luz en el suelo!

(Silencio que pasa el viento).

—¡Silencio!

3

Cierro mis ojos. El sueño,
por ellos baja a escuchar
dentro de mi corazón.
el viento obscuro del mar.

¡Ya no podré despertar!...
¡Ya no sabré despertar!

XVI

Romance

El jardín, está al principio
del estío, y, la tarde, abierta...

(¡Ay, cómo sabe a jazmín
la sombra de la alameda!)

Mirtos nacen de la fuente
donde el surtidor se queja...

(¡Ay, cómo suena el olvido
cuando la noche se cierra!)

Lágrimas son, en el agua
del remanso, las estrellas.

(¡Ay, qué dolor tan lejano
bajo la oculta violeta!)

Los sauces, juntan sus hojas
húmedas, que el viento besa...

(¡Ay, qué sabor a cuchillo
los labios de la azucena!)

Al pie del estanque, un niño
de bronce, duerme en la yedra...

(¡Ay cómo duele el inmerso
llanto, sin flor, de su flecha!)

El jardín, es el principio
de una sangre que se aleja...

(¡Ay, qué suspiro en los ojos,
su aguda, infinita ausencia!)

Me tiendo sobre el jardín
húmedo, en su tierna yerba...

Y... (¡ay qué espinas de rocío,
amor, en mi frente aprietas!)

XVII

ULTIMAS NOSTALGIAS DEL JARDIN PERDIDO

1

Huerto frío

Canta un lucero en la acequia:
—Ay, cállate, corazón,
que la sombra te persigue.

Canta un jazmín en la alberca:
—La soledad me miró
y, hoy, el olvido me viste...

¡Ay, párate, corazón!

2

Refrán bajo

Lo que el lucero
perdió,
está en el agua del pozo.

¡Tápalo!

3

Rincón de la Sangre

Tan chico el almoraduj
y... ¡cómo huele!
Tan chico.

De noche, bajo el lucero,
tan chico el almoraduj
y, ¡cómo huele!

Y... cuando en la tarde llueve,
¡cómo huele!

Y cuando levanta el sol,
tan chico el almoraduj
¡cómo huele!

Y, ahora, que del sueño vivo
¡cómo huele,
tan chico, el almoraduj!
¡Cómo duele!...
Tan chico.

4

Espejismos

Entró el viento en el jardín del olvido
y se vió su cuerpo en él,
desnudo, y, detrás, el cielo.

—Cuerpo mío, cuerpo mío,
(preguntó); ¿qué haces ahí?...

Cuerpo mío: cuerpo mío
busco para mi vivir.

Entró el cielo en el jardín del olvido
y se vió su cuerpo en él,
desnudo, y, detrás, el viento.

—Cuerpo mío, cuerpo mío
(preguntó) ¿qué haces ahí?

Cuerpo mío: cuerpo mío
busco, para no morir.

Entró el jardín bajo el cielo, en el viento,
y se vió desnudo en él,
y, por detrás, el olvido.

—Cuerpo mío, cuerpo mío
(preguntó) ¿qué haces ahí?

Cuerpo mío: cuerpo mío
busco, para no sentir.

Sonaba el agua en la fuente
y el perfume del jazmín,
iluminaba el estío doloroso
de la noche...

—¡Cuerpo mío! ¡cuerpo mío!...
Soñaba todo el jardín.

5

Caminante del Sueño

Por el camino del sueño,
campo y huerto.

—¡Mi campo! ¿Morir sin ti?...

(Junto a la alberca, el jazmín
se enreda al ciprés del huerto).

—¡Mi campo! ¡Morir allí!...

(Al pie del mastranzo en flor,
¿seguirá el agua corriendo?)

—¡Mi campo! ¡Morir en ti!...

Campo.
Campo y huerto,
por el camino del sueño.

6

Alegría

¡Ay, qué alta está
la alameda!

—Y cómo el viento
la enreda.

¿Que enreda qué?...

—Pues... su sombra.

¡Ay, qué alta está
la alameda!

7

Temblor de Estío

¿Qué me importa la alameda
si no he de volver a ella?

—Al borde de la alameda
hay una rosa entreabierta...

¿Qué me importa la alameda
si no he de volver a ella?

—Al borde de la alameda
hay un lucero que sueña...

¿Qué me importa la alameda
si no he de volver a ella?

—Al borde de la alameda
hay una sombra que espera...

¿Qué me importa la alameda
si no he de volver a ella?

—Al borde de la alameda,
llora el agua entre las piedras...
¡Suspiran las hojas secas!

¿Qué me importa la alameda
si no he de volver a ella?

XVIII

DOS CANCIONES DEL VIENTO

I

¿Las alamedas se mueven?...

Orden tienen de quedarse
dormidas, porque no hay luna...
y se mueven.

Es peligroso el negror
cuando el silencio es tan frío...
y se mueven.

Tan honda es la soledad
que, ni se siente el olvido...
y se mueven.

Y, yo, por las alamedas voy perdido...
—¿Y se mueven?

¡Orden tienen!

2

¡Qué altos se mueven los álamos!
¡Qué altos!

A nadie quiero llamar,
pero la voz se me va...
—¿De dónde viene?...

¡Qué altos se mueven los álamos!
¡Qué altos!

Y, nadie me ha de buscar...
Pero, esta voz que a mí viene,
¿de dónde viene?...

¡Qué altos se mueven los álamos!
¡Qué altos se mueven!

XIX

¿Todo se ha perdido?...

¡Ay, sombra, sombra,
búscame por el fuego!

Me acerco a la mariposa:
¡está al fondo del estanque!
Me acerco al árbol más bello:
¡está al fondo del estanque!
Me acerco al niño que juega:
¡está al fondo del estanque!
Me acerco al alma, en silencio:
¡está al fondo del estanque!...

¡Ay, sombra, sombra,
búscame por el fuego!

Vi la tarde abierta,
quise entrar en ella...

¡Buscaba el alivio
de otras tardes, muertas!

Un jazmín cantaba
su aroma de estrella...

—¡Ay, jazmín!...
Me acerco:
su flor está en tierra.

Un árbol soñaba
toda una alameda.

Me acerco...
Sus ramas,
sobre el suelo, secas...

Era un ascua el pájaro,
¡luz de primavera!

Me acerco...
Sus alas:
ceniza en la yerba.

¡La yerba! ¡la yerba!
¡Oh final ternura!
(¡Me arrodillo en ella...)

¡Mis labios!...
(Mis besos, se quiebran
sin eco, en la arena...)

¡Ay, sombra, sombra,
búscame por el fuego!

Aún me queda una esperanza:
¿no seré yo el que está muerto?

¡Ay, sombra, sombra,
búscame por el fuego!

XX

Bajo la Alameda

¿Quién cruzó la noche?
—¡Yo!
Pues cállatelo.

¿Quién rompió la noche?
—¡Yo!
Pues cállatelo.

—¡No, que el jazmín
ya está naciendo;
que ya se está abriendo! . . .

Pues cállatelo.

XXI

Bajo el Ciprés

En el huerto me he dormido.

Arbol sin nacer: ¿qué olvido
futuro, será tu sombra?
Arbol de ayer: ¿en qué sueño,
tu olvido su mano ahonda? . . .

En el huerto he despertado.

Morado alhelí: ¿qué fuego
quema tu aroma lejano?
Jazmín —temblor de la noche—:
¿qué fuente te está llamando?

En el huerto estoy sentado.

Cuerpo triste: ¿en qué rocío
tu pena se está mojando? . . .

(Huele el sándalo florido
y mueve el viento al mastranzo.
Flota la luna en la acequia...)

En el huerto estoy llorando.

XXII

Copla

Aquel lucero tan alto,
le ganó el cuerpo a la noche,
mientras yo estaba soñando...

Luego, el agua de la fuente,
—¡tan quieta!— me fué diciendo:
—Este lucero, tan bajo,
le gana el sueño a mi frente
y a tu frente...

¡Qué dos luceros tan claros!

XXIII

La Voz inmóvil

El ciprés, junto a la adelfa,
velando a la luna nueva,
me está llamando:
—Ven, ven...

(No, no, que no voy,
que no).

El ciprés, junto a la acequia,
velando a la luna llena,
me está llamando:
—Ven, ven...

(No, no, que no voy,
que no).

El ciprés, junto a la alberca,
velando a la luna muerta,

me está llamando:
—Ven, ven...

(No, no, que no voy,
que no).

La noche cubre al ciprés,
como una campana negra.

Sigue sonando:
—¡Ven...
¡Ven...

XXIV

La Pena en el Agua

Recuerda conmigo,
amigo:

Platanares junto al mar;
almoraduj en el huerto,
jazmines bajo el pinar...
Y en la alberca, una guitarra
negra, con flores de azahar
clavando a la luna llena.

Llega el olor del habar,
hasta el chorro de la fuente...

Se oye al silencio cantar:
—¿Recuerdas conmigo,
amigo?...

XXV

Refrán

¡Noche demasiado clara!...

(La soledad, pierde al hombre,
sin piel, fundido en su alma).

¡Noche demasiado alta!

XXVI

Jardín cerrado

Para mirar mejor la noche,
estoy parado a orillas de mi vida.

¡Ay, cuánta estrella cautiva!

Para mirar mejor la noche,
estoy parado junto al agua dormida.

¡Ay, cuánta estrella cautiva!

Para mirar mejor la noche,
estoy parado a espaldas de la brisa.

¡Ay, cuánta estrella cautiva!

Para mirar mejor la noche,
estoy parado al pie de una sonrisa.

¡Ay, cuánta estrella cautiva!

(¡Ay, cuánta estrella cautiva
en el fondo de mi herida!
¡Ay, cuánta estrella cautiva
coronando mi agonía! . . .)

Para mirar mejor la noche,
estoy soñando junto al agua dormida.

¡Ay, cuánta estrella en la orilla! . . .

Para sentir mejor la noche
voy a arrancarle al surtidor su espina.

¡Ay, cuánta estrella partida!

. . . . . .

(Mueve el silencio las ramas. . .
Un jazmín cae sobre el agua. . .

¡Ay, cuánta estrella en mi alma!)

Para mirar mejor la noche,
voy a dormirme a orillas de la Nada.

XXVII

Copla

Junto a la fuente, el jazmín
me ve pensar y pensar:
me he metido por la noche
buscándola y... ¿dónde está?

XXVIII

La Soledad cautiva

Me persigue la luz.
—No, no es la luz.
¿Qué me persigue?...

Me persigue, la flor.
No, no es la flor
que me persigue.

Me persigue, el amor.
—¡No! —¿No? ¿El amor
no me persigue?

Cuerpo: ¿qué me persigue?
¿la sombra, acaso,
que te sigue?...

Luce la estrella...
Cantan los niños...
Las aves vuelan...

Y... —¡Todo vive!
La Muerte, sueña.

XXIX

El Tiempo en la Sangre

Ay, la sombra que eras tú
ayer cuando yo te vi
tras de la tarde perderte:
¿a dónde se te fué, luz?

(Corazón, cállate).

¿A dónde te fuiste, ayer
que, bajo la luz te entraste
sin sombra, toda tu sombra
dándole al cielo su sangre?

(Corazón, cállate).

¿En dónde estás, arboleda
que al jardín le diste templo
de altura, en la soledad
obscura, de tu silencio?

(Corazón, cállate).

Di, vida: ¿por dónde vuelas?
¿Dónde estás? ¿Dónde has perdido
los suelos de tu defensa?

(Corazón, ábrete).

. . . . . .

Moja una rama en la fuente
las hojas de su desmayo.
Cruza la noche. . .
Un lucero,
bebe en la fuente su llanto.

¿En dónde estás, corazón?. . .

—Corazón, te estoy velando. . .

(Corazón, párate.)

XXX

COPLA

¡QUE el agua es llanto!
(Canta la piedra).

¡Llanto es la piedra!
(El agua canta).

¡La estrella es llanto!
(Canta la noche).

¡Llanto es la noche!
(Canta la estrella).

Y junto al agua y la piedra:
—¿Se te ha olvidado tu sombra?
me va cantando la tierra.

XXXI

Rincón de Olvido

La piedra y el cielo.

(¡Ay, como un gemido,
¡ay!... cayendo el agua,
la melena al viento!...)

La tierra y silencio.

XXXII

Copla

Esa estrella, en el desierto,
tanta luz le dió a la arena
que apenas si es ya lucero.

Ahora, cerca del jazmín,
quisiera beber su aroma...
Y, luego...

(Esa estrella del desierto,
tanta luz bebió en la tierra,
que ya no brilla en el cielo).

XXXIII

NOSTALGIAS DEL CAMPO ABIERTO

1

AMANECE

QUIEN vió el romero
y hoy no lo ve:
¡Cómo piensa en él!

Monte de jara y espino:
¡cómo piensa en él!

Suelo de aulaga y mastranzo:
¡cómo piensa en él!

Tierra de espliego y tomillo:
¡Cómo piensa en él!

Ay, jaramago florido:
¡cómo piensa en él!,
¡cómo piensa en él!...

A orégano huele el campo,
a orégano.
A orégano está soñando...

¡Cómo pienso en él!

2

MEDIODÍA

¿Y el sol?...

—¡Qué solo va el sol
por el campo!
¡Cómo pienso en él!

(A orégano huele el campo
¡a orégano!)

3

TARDE CAÍDA

¿Y el agua?...
—En la yerbabuena.

¿Y el agua?...
—En el toronjil.

¿Y el agua?...
—En el perejil.

¿Y el agua?...
—Bajo la adelfa.

(A orégano huele el campo:
¡a orégano!
A orégano está llorando).

¡Cómo pienso en él!

II

LAS ALAMEDAS

CANTAR DEL ATARDECER

(Chapultepec, 6 de junio)

A José Luis, Paco y Odón,
al volver de paseo.

I

¡ALTAS alamedas!
(Y el viento con ellas).

¡Altas alamedas!
(¿Y las hojas secas?)

¡Altas alamedas!
(La tarde está abierta).

¡Altas alamedas!
(Y la luna llega).

¡Altas alamedas!
(La noche se acerca).

¡Altas alamedas!
(Y el otoño dice:
¡altas alamedas!)

¡Altas alamedas!
(Y la luna sueña).

¡Altas alamedas!
(El lucero espera).

¡Altas alamedas!
(El agua ¡tan quieta!)

¡Altas alamedas!
(La noche se cierra).

¡Altas alamedas!
(¿Y esa estrella muerta?)

¡Altas alamedas!
(El eco repite:
¡altas alamedas!)

¡Altas alamedas!
De lejos las miro...
¿Qué sombra entró en ellas?

¡Altas alamedas!
(El viento suspira:
¡altas alamedas!)

II

Cuando estaba lejos
vi las alamedas.
Cuando estaba en ellas
vi las hojas secas.

III

A las alamedas
me voy a vivir.
No me dejarán sus hojas
soñar ni dormir.

Salí de las alamedas
¿a dónde iré ahora?
No quiero robar la muerte,
si la muerte no me roba.

Vengo de las alamedas;
las hojas me siguen.

Porque me siguen las hojas
siento que mi cuerpo vive.

IV

A las alamedas
entré a descansar.
Me dormí a su sombra:
no he de despertar.

En las alamedas
entré por dormir.
Desperté en su sombra,
no puedo salir.

En las ramas altas
la luna se enreda.
Mi cuerpo, en la sombra
de las alamedas.

Si en las alamedas
entré por soñar
y olvidé mi cuerpo:
¿quién lo ha de encontrar?

En las alamedas
el viento se enreda.

V

Niños

Jugando y jugando
estaban.

Las alamedas:
¿qué pensaban?

La tarde estaba soñando
con la muerte:
¿Y qué soñaba?...

Las alamedas:
¿qué pensaban?

Jugando y jugando
estaban
y no soñaban...

Las alamedas:
¿qué pensaban?

Soñando y soñando
estaban...

Y ¿a qué jugaban?

VI

Volví de las alamedas.
Nunca lo hiciera:
pensaba y pensaba en ellas.
¡Jugaba a las alamedas!

¿A dónde voy? pregunté.
¡Nunca lo hiciera!
Jugaba a las alamedas...

¿Dónde estoy?
Nunca lo hiciera,
jugar con las alamedas:
pensaba y pensaba en ellas.

¿A dónde fuí?...
Nunca fuera
tan solo a las alamedas.
Pensaba y pensaba en ellas...

Salí de las alamedas.
Nunca lo hiciera...

(Noche obscura,
noche negra...)

LIBRO SEGUNDO

EL DORMIDO EN LA YERBA

I

CANTARES, COPLAS Y SENTENCIAS

I

CANTAR DEL DORMIDO EN LA YERBA

I

La muerte está conmigo;
mas la muerte es jardín
cerrado, espacio, coto,
silencio amurallado
por la piel de mi cuerpo,
donde, inmóvil —almendra
viva, virgen—, mi luz
contempla y da la imagen
redimida, del fuego.

Si he de morir, ya es muerte:
la estrella, la avenida,
el silencio, la noche,
el agua y el amor.

Lo dice así, la fuente
y el suspiro.

También
mi sangre cuando besa.

Si he de morir: mis labios,
vencidos de misterio,
ya nada buscan: cantan,
pues no ha de ser mi olvido
la tierra ni el silencio...

Y el jazmín, no pregunta
desmayado en la sombra:
—¿A dónde irá el lucero
que mi nieve ha perdido?...

Si ha de morir: su aroma
es muerte; su flor muerte,
como la tierra húmeda
del cerrado jardín
de mi alma, es carne
de la muerte, también:
¡Luz! ¡Fúlgida memoria!
¡Eje de un universo
nuevo, que va a nacer
sin niebla, al fin, de olvidos!

Lo dice así la fuente
y el suspiro.
También
mi sangre cuando besa.

2

Como tú, luna, sí:
el sol, como la luna.

Amor, igual que tú:
tiempo, por ser la sangre;

sangre, —espacio de eterno—,
tiempo, —sangre de espacio—...

Como la noche, el día.
Luz, igual que tú, sombra.

Fin, comienzo del alma.
Principio igual que término.

Vida: cuerpo en la muerte...
Muerte, igual, porque es vida...

Así es el hombre: fiel
de cantar o de llanto,

balanza en equilibrio
de palabra o de sueño.

Quietud: amor y amor.
Vida: olvido y olvido.

3

Muerte, como tú, luna.
Como tu fuego, sol:
luz de luna, en la noche,
sobre el jardín cerrado
de su carne, es el hombre.

4

Y, aquí, dormido está,
tembloroso, en la tierra,
pensando en que, al ser hombre:
alma fiel es del centro
candente de su espera...

—¿Luz?... ¡Luz, igual que sombra!
¡Cuerpo igual que tú, luna!

5

Bajo el sol o en la noche,
centro soy del jardín:
sombra, cuerpo yacente,
figura del reposo.

II

Paz

¡Abrete, puerta del alma!

(Gota a gota,
cae la rosa sobre el agua...
Hoja a hoja,
su perfume la levanta...)

¡Ciérrate, puerta del alma!

III

Refrán

Dame la llave
para morir...

—La muerte
no tiene puertas.

Pero yo, sí.

IV

EL TEMOR BAJO EL VIENTO

1

Noche, cierra bien tus puertas,
porque la muerte te ronda.

Muros blancos del jardín,
corona de tierra y nieve:
¡subid! ¡subid!
¡guardad la rosa!

Lágrima del surtidor,
rompe tu flor sin corola.

Baja al estanque, lucero.
Ven, luna.
¡Párate, sombra!...

(Despierto y...
Vuelvo a dormir).

—¿Pozo en el olvido?...
—¡Sí!
Porque la muerte nos ronda.

2

¡Que se va el lucero!

—¿Que se va?... ¡Quieto está!

¿Tan ciega es mi soledad?

3

¡Que se va!
¡Que ya se va
el olor de la violeta!
¡Noche, cierra, que se va!
¡Que ya se va!...

¡Que se va! ¡Que ya se va
toda la sangre hacia el sueño!

¡Noche, cierra, que se va!
¡Qué ya se va!

—Y... ¿por quién esperan?

(La estrella en el agua).

4

¡Noche, sálvate
en la copa del álamo!...

(La Muerte pasa
de ronda).

. . . . . .

—¡Alto!..

. . . . . .

(Una estrella
cae en el suelo).

—¿Desde el árbol?

5

¿Que el viento
apagó el jardín?...

—No era de fuego.

¡Por eso!

V

Cantar triste

Yo no quería,
no quería haber nacido.

Me senté junto a la fuente
mirando la tarde nueva...

El agua, brotaba lenta.
No quería haber nacido.

Me fuí bajo la alameda
a ocultarme en su tristeza.

El viento lloraba en ella.
No quería haber nacido.

Me recliné en una piedra,
por ver la primera estrella...

¡Bella lágrima de estío!
No quería haber nacido.

Me dormí bajo la luna.
¡Qué fina luz de cuchillo!

Me levanté de mi pena...
(Ya estaba en el sueño hundido).

Yo no quería,
no quería haber nacido.

VI

El Pecho y la Luna

¡Luce, luce!

—Para qué tánto,
si no me miras...

(¡Luce, luce!)

Para que tú salgas, luna:
azahar es todo el campo.
Para que salga la luna,
¡toda la noche es remanso!

¡Luce, luce!

—Para qué tanto,
si no me miras...

(¡Luce, luce!)

¡Ay, cuando sale la luna,
(cállate, amor, que me ciegas)
ay, cuando la luna sale,
todo el azahar por tierra!...

¡Luce, luce!

—Para qué tánto,
si no me miras...

(¡Luce, luce!)

¡Ay, sombra de la alameda,
no cortes lágrimas muertas!...

¡Luce, luce!

—Para qué tánto,
si no me miras...

(¡Luce, luce!)

Ni te quiero, amor, ni vengas;
que toda mi luz te llevas.

—¡Luce!

VII

Copla

Entré despacio al jardín
buscándole el corazón:
¡cómo temblaba mi sueño!...

Para llegar en la noche,
hasta el brocal de la fuente
y encontrar en él la flor...
¡ay, cuanta sombra por medio!

VIII

INVIERNO EN EL JARDIN

1

Cuando pasa el viento
se oculta el silencio.
¡Qué limpia la luna,
cuando pasa el viento!

—¿Por qué llora la alameda?
¿Por su sombra?...
—¡Tiene sus hojas!
—¡Ay, cuánto olor en la tierra,
cuando la alameda llora!

(Cuando pasa el viento
se oculta el silencio.
¡Qué limpia la luna,
nivelando el tiempo!)

2

-¿Quién cayó en el pozo?

—Yo...
¡Que me hundo!
¡que me hundo!...
Lucero ¿es que no me ves?...

—Amor, sí, tan junto a mí,
que... ¡húndete!

3

Algun día —lo sé muy bien—,
presiento que algún día
te amaré al recordarte,
noche que hoy me persigues.

Entonces, tus luceros,
alcanzarán su mágica blancura
clavados en mi sueño,
como envidiosos
miran hoy al jazmín junto a la fuente

calmar mi obscuro afán, lejos del cielo.
Cielo que, tú, has de darme,
noche que hoy me persigues,
—lo sé—; pero tan sólo
cuando yo entienda que te estoy mirando,
no en esta soledad, noche de lágrimas.

IX

Cantar obscuro

La noche se abrió tan alta,
que la soledad dolía.

—Que vente, que vente, que vente...
Me dijo la voz pequeña.

La sombra de la alameda
en mi corazón se hundía.

—Que vente, que vente, que vente...
(me dijo la voz pequeña)
que tu corazón se enfría.

Me asomé a mi corazón.
Al fondo un lucero había.

—Que vente, que vente, que vente...
Ya casi sin luz, decía.

X

Muerto en el Sueño

Aquí estoy. ¡Junto al jazmín!
Si por mí preguntan,
aquí estoy junto al jazmín.

Ay, amor, junto al jazmín:
arriba brilla el lucero,
sobre el agua su reflejo
y, bajo el agua, mi sueño,
¡ay, amor! junto al jazmín...

Amor: bajo el agua, muerto
junto al jazmín.
Amor, si por mí preguntan,
amor, sí, junto al jazmín:
¡toda la noche me oculta!

XI

Amor

-¡El lucero, el lucero!...

(Llevo los ojos vendados:
no lo veo).

—¡El lucero, el lucero!

(¿Y si me quito la venda?...)

—¡El lucero, el lucero!

(Mi corazón sube al cielo).

—¡El lucero, el lucero!

XII

Plazuela

En medio del corazón
hay una fuente escondida.

(¡Qué aroma tiene la noche!)

Hay una fuente sin vida
en medio del corazón.

(¡Qué aroma tiene la noche!)

¡Ay, corazón!: ¿quién te olvida? . . .
(¡Qué aroma tiene la noche!)

En medio del corazón
hay una estrella caída.

Hay una hoja en el viento. . .
(¡Qué aroma tiene la noche!)

Hay una hoja en el suelo.
(¡Qué aroma tiene la noche!)

Hay una estrella marchita.
(¡Qué aroma tiene la noche!)

¡Ay, corazón! ¿quién te olvida? . . .

XIII

Puerta de mi Sangre

No a la luz, a la sombra
está abierto el jardín,
como el agua profunda
que nunca ha de nacer,
yace, sin fuente, oculta
dentro del corazón
obscuro de la tierra.

Si las estrellas lucen,
no hay temor a que el viento
deje pasar el llanto
tímido por qué brillan.

Sus lágrimas, también
así son necesarias,
para cumplir el cuerpo
cerrado de la noche.

Término de su piel
y afirmación de cárcel

dan, para el cautiverio
de su carne continua,
que si no, fuera sueño.

Y la arboleda...
El cielo
volcó en tierra su copa
de misterio, y, la música,
canta, toda rumor,
cayendo al derramar
de las más altas ramas,
en suspiro o temblor,
—cúpula del jardín—:
eco y silencio.

Lo eterno, es ya verdad,
pues no es dolor el tacto
y el amor está en tierra
sin llanto y sin ardor,
presentes en mi cuerpo...

¡Lo Eterno es ya verdad,
jardín, mi sangre abierta!
Ahora si, ya sin miedo,
cruzamos la alameda:
tú por dentro de mí,
yo, en tus silencios.

XIV

Nocturno inmóvil

Prado de la noche.
Altas alamedas.
La luna y la yerba.

Sobre el cuerpo de mi sombra;
bien ajustado a mi sombra,
mi cuerpo duerme en el suelo.

Y ¿en dónde mi corazón? . . .
Buscando mis pensamientos.

Prado de la noche.
Altas alamedas.
La luna y la yerba.

Sobre la sombra, la noche,
bien ajustada a su sombra,
duerme en el cielo.

—Y ¿en dónde la luz del sol? . . .
Alumbrando a los luceros.

Prado de la noche.
Altas alamedas.
La luna y la yerba.

XV

Ya nada busco

Sombra y más sombra y más sombra.
Y las hojas secas, unas con otras.

—¡Ay, el agua fría!...

(Toda la sombra suspira).

Sombra y más sombra y más sombra.
Y las hojas secas, por el viento, solas.

—¡Ay, el agua helada!...

(Y toda la sombra aguarda).

Sombra y más sombra y más sombra.
Y las hojas secas, sobre el suelo, rotas.

—¡Ay, el agua muerta!...

(Toda la sombra, desierta).

Sombra y más sombra y más sombra.
(Bajo la alameda, mi soledad llora).

Sombra y más sombra y más sombra.

. . . . . .

XVI

Dormido en la Yerba

Todos vienen a darme consejo.
Yo estoy dormido junto a un pozo.

Todos se acercan y me dicen:
—La vida se te va,
y tú te tiendes en la yerba,
bajo la luz más tenue del crepúsculo,
atento solamente
a mirar cómo nace
el temblor del lucero
o el pequeño rumor
del agua, entre los árboles.

Y tú te tiendes sobre la yerba:
cuando ya tus cabellos
comienzan a sentir
más cerca y fríos que nunca,
la caricia y el beso

de la mano constante
y sueño de la luna.

Y tú te tiendes sobre la yerba:
cuando apenas si puedes
sentir en tu costado
el húmedo calor
del grano que germina
y el amargo crujir
de la rosa ya muerta.

Y tú te tiendes sobre la yerba:
cuando apenas si el viento
contiene su rigor,
al mirar en ruina
los muros de tu espalda,
y, el sol, ni se detiene
a levantar tu sangre del silencio.

Todos se acercan y me dicen:
—La vida se te va.
Tú, vienes de la orilla
donde crece el romero y la alhucema
entre la nieve y el jazmín, eternos,
y, es un mar todo espumas
lo que aquí te ha traído
porque nos hables...
Y tú te duermes sobre la yerba.

Todos se acercan para decirme:
—Tú duermes en la tierra
y tu corazón sangra
y sangra, gota a gota,
ya sin dolor, encima de tu sueño,
como en lo más oculto
del jardín, en la noche,
ya sin olor, se muere la violeta.

Todos vienen a darme consejo.
Yo estoy dormido junto a un pozo.

Sólo, si algún amigo
se acerca, y, sin pregunta
me da su abrazo entre las sombras:
lo llevo hasta asomarnos
al borde, juntos, del abismo,
y, en sus profundas aguas,
ver llorar a la luna y su reflejo,
que más tarde ha de hundirse
como piedra de oro,
bajo el otoño frío de la muerte.

XVII

Voy de noche

De noche voy
de noche,
a buscar lo que perdí
de noche.

Cállate fuente.
Ay, luna, cállate.
Estrella, rumor del ciprés
más alto: cállate.
Ay, cállate tú, jazmín.

Que voy de noche,
a buscar lo que perdí
de noche.

De noche.
En la noche voy.
¡Ay, cállate!

XVIII

Desvelo

¿Y si las alamedas
me llevaran al sueño?...

(Y en el sueño, dormido
espero).

Ay, si me llevarán...
Ay, si me llevan...

(Y un silencio
me sale del corazón;
me recorre todo el cuerpo).

Ay, si me llevarán...
Ay, si me llevan...

XIX

Bajo la Alameda

Era de noche;
era de noche,
amor,
y las hojas secas
eran de noche.

Junto al ciprés,
un lucero,
—amor, sí,
que yo lo vi—,
¡tan alto,
como el negror
del silencio!
Amor, sí,
que era de noche.—

Era de noche
y sentí

que la muerte me llamaba,
—amor, sí
que era de noche—,
y las hojas secas,
eran de noche.

Era de noche,
y estaba
con el corazón perdido,
—amor, sí,
que lo sentí
que era de noche—,
y huí, sí,
que era de noche.

De noche
y te abandoné,
amor, sí;
porque yo vi
que era de noche
y la muerte me llamaba.
Era de noche
y las hojas secas
eran de noche.

¡Ay, qué solo me quedé,
amor, cuando te perdí:

que era de noche!
¡Qué solo, amor,
cuando vi
que era de noche,
y las hojas secas
eran de noche!

Y aquel dolor
que sentí,
—amor, sí,
que era de noche—:
¡qué solo!...
Que era de noche
aquel frío,
amor, ¡sí!...
¡Qué solo!

XX

Germinal

Cerraron todas las puertas.
Quedó desnuda la noche,
cautiva sobre la yerba.

(—Yo estaba allí:
¿no me viste?...
Yo estaba allí
bajo el agua:
¿no me viste?)

Piel de anillo, la muralla,
sueña su nieve y resiste
al verde ardor de las ramas...

(—Yo estaba allí:
¿no me viste?
Yo estaba allí

bajo el agua:
¿no me viste?)

¡Jardín cerrado, mi alma!

XXI

Copla del Querer

Lágrimas, yo no las quiero;
tampoco quiero silencio.

Quiero la tierra
y un árbol...
Y dormir bajo su sombra
sin sueño.
Y sin soledad...
Y sin olvido.

¡Eso quiero!

XXII

La voz en el Sueño

¡Mínima voz
el amor en lo eterno,
mínima voz!

—¿Mínima voz
la lluvia sobre el cielo?

—¿Mínima voz
la lluvia bajo el suelo?

—¿Mínima voz
el árbol sobre el tiempo?

—¿Mínima voz
lo eterno en el silencio?...

¡Mínima voz
el amor en lo eterno,
mínima voz!

XXIII

TRES COPLAS DE LLANTO

1

¿Para qué quiero estos ojos
si sólo me han de dar lágrimas?

(Suena el chorro de una fuente
en la sombra de mi alma).

Me voy quedando dormido...

—¿Te vas quedando dormido?...
Sueña el agua—.

2

¿Por qué me quedé dormido?...

(Y fué creciendo la yerba.
Arriba, la luna llena).

¿Por qué me quedé dormido,
ay, que me estoy desangrando
sobre el costado del río?

(Sigue creciendo la yerba.
Arriba, la luna llena).

3

Noche demasiado clara,
¿para qué quiero tu luna
si nunca ha de ver mis lágrimas?

(En la fuente del olvido
el tiempo nació: ¡ya es río!)

XXIV

Sangre de la Noche

¿Eras tú y tu silencio,
la piel que aun le faltaba
a mi total cumplido
cuerpo —jardín cerrado—,
sombra? ¡Ya estás entera!
Entera soledad ya estás conmigo.

En tí,
—sangre que hoy me has llamado—,
abandono el temor,
que hundes como en el agua
transparente, la piedra
lenta, obscura, se clava,
y, así, llega a su fondo,
a ser, no corazón,
pero sí material
necesario a su brillo:
negación, cautiverio,
cárcel tal vez, frontera

para el rayo de luz;
mas, vida del reflejo
que, en árbol, de ella sube.

Carne, piel o temblor:
yo no vine a ganar,
pero, sangre, encontrándome
tú, por no dejarme,
ya toda afán de sueño,
te olvidas que tu ardor
en ti misma se acaba...

Y por eso te gano
sin haberlo querido,
amor, amor de espinas.
¡Salve mi pensamiento!

Noche, en tu soledad,
parado estoy contigo.
Tu temor soy. Tu piedra.
Tal vez tu corazón...

En ti duermo y me escondo,
en paz con tu silencio,
y, hundiéndome me dejo
al fondo de tu estanque,

que, allí, mi negación,
sé que te ha de dar, sombra,
—cautiva transparencia—,
pedestal de la luz
que hoy busco por salvarte.

Déjame que ahora duerma
a los pies de tu luna.
Aún vivo ciego.
Déjame, noche, déjame.
Sal, sal despacio, sombra,
cerco de mi jardín:
dolor, piel de mi llanto.

II

LA SOLEDAD Y EL SUEÑO

TRES TIEMPOS DE SOLEDAD

SOLEDAD, noche a noche te estoy edificando,
noche a noche te elevas de mi sangre fecunda
y a mi supremo sueño curvas fiel tus murallas
de cúpula intangible como el propio Universo.

Dolorosa y precisa como la piel del hombre
donde vive la estatua por la que el cuerpo obtienes,
tu entraña hueca ajustas al paso de la estrella,
a la piedra y los labios y al sabor de los ríos.

Hija, hermana y amante del barro de mi origen,
que al más lejano hueso de mi angustia te acercas:
¿quién no sabrá que huirte es perderse en el tiempo
y en desgracia inocente desmoronar su historia?

Tenga valor la carne que se desgrana herida,
pues su fuga prepara la próxima presencia,
igual que en el olvido prepara la memoria
su forma insospechada de la verdad más pura.

Sepa guardar su cauce la arteria que escondida
pone Dios bajo el pecho de quien le dió su imagen.

En ella marcha el oro, el papel, la saliva
y el sol, junto al misterio que da vida a la sombra.

Ni al derribarse el árbol, ni la indecisa piedra,
ni al perderse los pueblos sin flor y sin palabra,
se pierde lo que sueña el hombre que agoniza
sobre la cruz en ríos de su sangre en pedazos.

Lo que no quiere el viento, en la tierra germina
y más tarde hasta el cielo se levanta hecho abrazo.
Así, con la manzana, vemos juntos a la aurora
elevarse el olvido y el amor de los hombres.

Soledad infalible más pura que la muerte,
noche a noche en la linfa del tiempo te levanto,
sin querer complicada igual que el pensamiento
que nace en mi memoria sin temor y huye al mundo.

Huye al mundo y cobija sus pequeños fantasmas
dolorosos y agudos como espinas de sangre
que el fruto de la vida feliz le defendieran:
¡soledad ya madura bajo mi amor doliente!

Soledad, noble espera de mi llanto infecundo,
hoy te elevan mis brazos como a un niño o a un muerto,
como a una gran semilla que en el cielo clavara
junto a esta misma luna con que alumbras mi insomnio.

Yo que te elevo, abajo quedo absorto e inmóvil
viendo crecer la imagen de mi propia existencia
el mapa que se exprime de mi fiera dulzura
y el doméstico embargo que mi crimen contiene.

A ti yo vivo atado, invisible y activo,
como el tallo del aire que sostiene tus torres.
Bajo mis pies contemplo tus cuadernos en tierra
y arriba la imprecisa concavidad del cielo.

Hoy te quiero y te busco como a una gran herida
fuente y tumba en el tiempo de mi olvido sin causa.
¿Quién me dará la forma que una nuestras figuras
y me muestre en tu cuerpo como un solo edificio?

Húndeme en tu bostezo: tu mudo laberinto
me enseñe lo que el viento no dejó entre mis ramas...
Los granados se mecen bajo el sol que los dora
y mi paladar virgen desconoce el lucero.

Soledad, noche a noche te elevas de mi sangre
y piedra a piedra asciende tu templo a lo infinito.
Yo conozco el lejano misterio de tus ojos...
Pero mientras te elevas:

¡Mírame, diminuto!

MÍRAME diminuto sobre esta blanca página,
sobre esta blanca ausencia tendida en mi memoria,

bajo el blanco desierto fecundo del olvido,
como una letra aislada de la flor de mi nombre.

Por buscar me he perdido y sin buscar no encuentro
ya posible la forma que antes me equilibraba
con la forma del árbol, ejemplo de mi vida,
mitad buscando el cielo y medio entre las sombras.

Ni bajo el tiempo mismo podré ya situarme
para saber la estancia precisa de mi cuerpo:
que tres hojas dividen la luz de mis palabras
y entre las tres no entiendo cuál es la más presente.

Pues si el jazmín futuro me coge el pensamiento,
tal desazón me enturbia las horas donde habito,
que ni la sed me duele, ni el fuego me atormenta
y la rosa, obscurece por mis ojos sin luna.

Y si el verme delante me da tan gran alivio
que borra hasta en mis sueños todo afán de presencia,
el ser nuevo a que nace mi afirmación de eterno
tiene un ala clavada por dos tiempos al mundo.

Si miro a lo pasado, su eternidad de muerte
de tal manera vive mi corazón dormido,
que en rosario de piedra puede cambiar el llanto
que otra vez fuera escala de luz para mi vuelo.

Al presente más miro, tratando de fijarme
como fiel de balanza que muestre mi existencia;
pero al hallar su centro, no encuentro en la penumbra
la dimensión ni encaje preciso en que me busco.

Mas, junto a los tres tiempos que me igualan a un ave
volando entre la tierra y el cielo que la oprime
y en un arco de olvidos, tenso en luz, tenso en sombra,
la flecha de mi cuerpo camina sin ver dónde.

Sólo tengo conciencia de mi soledad viva,
al pensar en el centro que erige mi balanza
y a ti te canto, humilde y orgullosa en tu nieve,
como a madre y hermana constante de mi busca.

Mira, mira esta letra que dejo abandonada
en el destino mudo que hoy llamo tu regazo,
soledad: que camine como una hormiga ciega
que el instinto conduce...
Tal vez llegue a mi nombre.

Tal vez llegue a mi nombre o al nombre de la piedra
o a los nombres del cielo o a los nombres del agua,
que con su antena torpe, mi letra perseguida,
no deja cuerpo al mundo que de su tacto libre.

Andando, andando, andando, puede llegar un día
de tan altas preguntas y silencios tan grandes,

que otra vez a mí vuelva por buscar el granero
de más honda memoria, luna de otras palabras.

Allí, bordado, un manto se encontrará, sin orden,
en que el tallo y la oruga y la flor son hermanos
y a la vez intangibles hijos de una figura
que, invisible, les muestre su insospechado origen.

Por allí cruza el hombre silencioso y altivo,
viéndose separado del poder que anhelaba
para el soberbio juego de hacer lo que embellece
a la tierra del mundo, inmutable en su mano.

Sin voluntad camina, que involuntariamente
su voluntad nació, y ajena a su conciencia
en él fué colocada, para ser paz del fuego
que, necesariamente, quemaría su entraña.

El trocó su destino por hacerla su sierva,
haciéndose, inocente, de esta forma, su esclavo...
Y en libertad padece su voluntad perdida...
Así cruza su pena mirando esta memoria.

Así también yo mismo, que como un hombre propio
quiero verme en la rosa y en el puñal luciente,
siendo parte del hombre que todos construímos,
libre en mi penitencia también puedo encontrarme.

Mas si al hallarme libre de lo que me atormenta
a mi presente encuentro libre de mi pasado,

tan sólo tendré un ala para cruzar el cielo;
pero es timón un ala si conduce una nave.

Hoy sujeto en mí vivo y como la flor, quieto
por el tallo que amarra a la luz con la sombra,
voy rodando en el mundo de los que me acompañan
cuerpo a cuerpo en la lucha ciega de mi viaje.

Pregunto y más pregunto; pero sólo mis ojos
se entienden con la forma que cubre la hermosura.
Así, de esta manera, tan sólo la apariencia
presente me responde: —Aguárdame otro día.

Sí, seguiré aguardando, porque yo sé que vivo
frente a frente a un espejo y un espejo no engaña.
Terminaré su luna y cuando ya no existan
las aguas de sus ríos, veré a Dios, cara a cara.

Soledad, te construyo, constante, noche a noche,
en la carne intangible del cuerpo de mi alma.
Soledad, noche a noche te vengo levantando
de mi sangre, tendida como sombra a tus plantas.

•

TRES CANCIONES

I

Puente de mi soledad:
con las aguas de mi muerte
tus ojos se calmarán.

Tengo mi cuerpo tan lleno
de lo que falta a mi vida,
que hasta la muerte, vencida,
busca por él su consuelo.

Por eso, para morir,
tendré que echarme hacia dentro
las anclas de mi vivir.

Y llevo un mundo a mi lado
igual que un traje vacío
y otro mundo en mí guardado
que es por el mundo que vivo.

Por eso, para vivir,
tendré que echarme hacia dentro
las anclas de mi morir.

Puente de mi soledad:
por los ojos de mi muerte
tus aguas van hacia el mar,
al mar del que no se vuelve.

II

En el campo del olvido,
soledad, allí te espero.
Llevo por seña, un pañuelo
sobre la frente; marchito
como una flor, el silencio
bien apretado en mi mano,
y, es mi corazón, un río
bajo la luna, brotando...

Todo el campo será lágrima,
soledad, lágrima y sueño...

Amor: ¡qué lejos, tu herida
se va perdiendo en el tiempo!
En el campo de mi olvido,
donde, por no morir, duermo.

III

Me pierdo en mi soledad
y en ella misma me encuentro,
que estoy tan preso en mí mismo
como en la fruta está el hueso.

Si miro dentro de mí,
lo que busco veo tan lejos,
que por temor a no hallarlo
más en mí mismo me encierro.

Así, por dentro y por fuera
se equilibra mi destierro:
dentro de mí por temor,
fuera, por falta de miedo.

Y entre mis dos soledades,
igual que un fantasma hueco,
vivo el límite de sangre
sombra y fiel de mis deseos.

Bien sé yo que en la balanza
que pesa mi sentimiento,

al platillo del temor
es al que yo más me aprieto.

Pero lo que busco en él
de tal manera lo anhelo,
que sólo quiero alcanzarlo
cuando esté libre del cuerpo.

Hoy, mi soledad me basta,
que en ella sé lo que espero,
lo que por ella he perdido
y lo que con ella tengo.

EL SUEÑO

Dormido despierto

¿Por qué me llamas dormido,
compañero?

—Porque cuando miras
al agua del río
y yo, al agua miro:
por el agua misma del río
siento que te pierdo.

Y pregunto a la adelfa
y al junco pregunto
y al lirio del huerto,
si te han visto pasar
y me dicen:
—Tan sólo sentimos,
un roce en el viento.

¿Por qué me llamas dormido,
compañero?

—Porque cuando miras
al sol, que traspone
la herida del día,
y se hunde en la sangre del cielo
y más tarde, en la noche,
para darle a la luna más vida
y más oro al lucero:
por la sangre del tiempo, encendida,
siento que te pierdo.

Y pregunto a las hojas marchitas
bajo la alameda,
y al agua que duerme en la fuente
pregunto,
y al jazmín abierto,
si te han visto pasar
y me dicen:
—Tan sólo sentimos,
un roce en el viento.

¿Por qué me llamas dormido,
compañero?

—Porque cuando miras
mi cabeza doblada en mi pecho
y en mis ojos la brasa del llanto:

en mis propios ojos
siento que te pierdo.

Y pregunto a la flor de mis párpados,
y a su lluvia sin nubes pregunto,
—tormenta en mi cielo—,
y pregunto a mi mano
mojada en mis lágrimas,
si te han visto pasar
y me dicen:
—Tan sólo sentimos,
un roce en el sueño...

¿Y por eso me llamas dormido?...
¡Compañero!

VARIAS CANCIONES

I

Yerba de Rocío

¡Trébol en flor!
¡Trébol en flor!

Sale el sol por la mañana
—¡trébol en flor!—
y la sombra lo acompaña,
—¡trébol en flor!—
Ay, qué pequeña es la sombra
del trébol en flor.

Sigue a lo Eterno, lo eterno:
lo de siempre; lo de ayer,
lo que jamás se ha negado
al que por lo Eterno es
y en lo eterno está formado
y callado
y espera lo Eterno ser...

—¿Trébol en flor?
—Trébol en flor.

(Antes, el sol en la tarde,
ahora, la luna en el aire).

¡Trébol en flor!
Ay, qué pequeña es la sombra
del trébol en flor.

II

Temor de Abril

¿Ya viene la Primavera?
—Todos la esperan.
¿Todos?
—¡Todos!...

¿Y otra vez el mismo sol?
¿Y otra vez la misma tierra?
¿Y otra vez la misma flor?

¡Ya viene la Primavera!

—¡No!

III

Rumor del Sueño

...Pero la luna del jardín, me llama...
¿Qué quieres, luz?
—El eco se ha perdido.
Amor, amor: sin sombra en la alameda,
mi soledad es lágrima de río...

¿Quién llora entre las ramas?

—Los ojos del olvido.

IV

Media noche

Calle de la Sombra:
altas arboledas,
ruinas y arena.

(A lo lejos la alameda.
Arriba, la luna llena).

Como no sé si estoy ciego,
tan sólo salgo en las noches,
para no saberlo.

Angel de mi soledad,
¿vas a mi lado?
—¡Silencio!...

¡Ay, cómo duelen tus ojos
contra el viento!

(Cómo suena la alameda
¡ay! cómo suena a lo lejos).

Angel mío del silencio,
¿vas a mi lado?
—¡En tu sueño!...

¡Ay, cómo duele tu sombra
por el suelo!

(A lo lejos la alameda;
arriba, la luna llena,
sobre el negro muro
alto, de la noche,
una sola estrella...)

LIBRO TERCERO

UMBRALES DE SOMBRA

MEDITACIONES, COPLAS, INSOMNIOS Y PRESENTIMIENTOS, AL MARGEN DE UN JARDIN

I

NOCHE HUMANA

LA SANGRE ANTE LOS OJOS

I

La noche, perseguida, se entró por mi ventana:

—Méteme por tus ojos, escóndeme en tu olvido;
aun tu cuerpo, entreabierto, puede muy bien guardarme,
antes de que se entregue el cerrado abandono
que ya está desciñendo tu ardiente vestidura.

Antes de que en el sueño sin voluntad de origen
la razón se te pierda solamente en el goce:
ocúltame, me buscan, traigo el olor a sangre
y tal vez el delito y la muerte es mi sombra...

Ocúltame, la tierra que hoy es carne y te invade,
casi ni piel sostiene, pero es tumba y memoria.
Yo voy desordenada y hasta el suelo me siguen
dónde llevo mi aurora y su puñal agudo.

Pero mis sueños huelen al sudor de los hombres,
a sus crímenes ínfimos y a sus manos en llamas.

No pueden perdonarme que mi beso, en el lodo,
llegue donde no encuentra la ley su pensamiento.

Me acerco dolorida, no niegues tu desvelo.
Guárdame, como al trigo el agua se incorpora
y, en él, la flor engendra, que ha de ser paz del cielo.
Méteme por tus ojos, escóndeme en tu olvido...

.....

(Mi cuerpo estaba huyendo; buscándole a la noche
la falsedad de un ángel que fingiera un reposo;
la engañadora imagen de un nombre de ceniza
que en el alcohol o el sueño, sin amor, me incendiara.

Mi cuerpo estaba huyendo; por las desiertas calles
de una ciudad sin suelo resbalaba impreciso,
deteniéndose al paso vulgar de la inocencia
y escapando al contacto con ella, por mi angustia.

Mi cuerpo estaba huyendo. Sin vuelo y sin raíces,
se arrastraba en la inmensa bóveda de los tiempos,
donde mueren los sueños desunidos y aislados
y, el aire, como un negro fantasma, los corona.

Junto al olor caliente del pescado podrido,
de la fruta marchita y el vinagre, en acecho

la mujer entregaba su cabello constante,
herido por las uñas y la ardiente saliva.

Mis manos se enredaban a la piel de los hombres
que, abiertos, derramaban sus entrañas sin fuego;
mis voces se mezclaban a la luz del cigarro
y a ese rumor más hábil que engendra la denuncia.

La delincuencia, en roce nocturno con la envidia,
sobre el cristal dormido de los blandos hogares
acercaba en mi rostro indagador y astuto,
para hurtar un consuelo que mi paz no alcanzaba.

Y la luna, gimiendo, se clavaba en el árbol,
con la burla precisa del nivel de su tiempo.
Golpe a golpe sonaban las plumas de mi espalda
y su navaja el aire, por mi espalda, blandía.

Mi cuerpo estaba huyendo. Sonaba una cadena
y en la puerta del cielo mis manos golpeaban:
—¡Abrid, abrid, las sombras por dentro me persiguen
y las sombras de fuera mis manos acuchillan!...

Desperté estando muerto: Mis sábanas sangraban...

—¡Abrid, abrid! ¡Las sombras!...

La noche, perseguida, se entró por mi ventana
y era a la noche misma, a quien yo perseguía.

II

Canción

Duerme el hombre, y la frontera
de su sangre, rompe el sueño.
Gota a gota, el universo
se va mojando en su pena...

(Se va llenando de estrellas
todo el corazón del tiempo:
lágrimas que el hombre sueña).

III

La Rosa en la Mano

Ahora, tal vez duerman las hojas
y el agua se retira, sin luna, confiada,
a ensayar el obscuro corazón de otra fuente...

Desnudo, el mar,
igual que un astro muerto,
yacerá en el reflejo de su olvido...

Quizás el pájaro, en la sombra,
sin cuerpo, al fin,
se abandonó a su canto
y sube en paz, perenne, hacia la estrella.

Posiblemente el hombre duerme...
Posiblemente el hombre muere...
Posiblemente el hombre sueña...

Y, tal vez, el silencio
de nuevo está vencido
por el aroma de las flores.

Todo el tiempo es Eterno, en esta hora.
¿Es que la noche toca ya en su centro?
¿Es que la muerte empieza a ser memoria?

No sé, no sé.
Yo estoy pensando
en un país, como esta rosa
que día a día se me va alejando
desde la mano a un nuevo nacimiento.

IV

Cruz de la Sombra

Ando por la noche y toco
las paredes de las casas...

—Llama y llama,
que no estoy.

Ando por la noche y toco
las puertas mal encajadas...

—Llama y llama,
que no estoy.

Ando por la noche y toco
los quicios de las ventanas...

—Llama y llama,
que no estoy.

Ando por la noche y toco
la sombra que el miedo arrastra...

—Llama y llama,
que no estoy.

Ando por la noche y toco
la sangre recién sangrada...

—Llama y llama,
que no estoy.

Ando por la noche y toco
el farol que el viento apaga...

—Llama y llama,
que no estoy.

Ando por la noche y toco
los filos de las navajas...

—Llama y llama,
que no estoy.

Ando por la noche y toco
el tibio olor de las sábanas...

—Llama y llama,
que no estoy.

Ando por la noche y toco
la muerte recién cuajada...

—Llama y llama,
que no estoy.

Ando por la noche y toco
el eco de mis pisadas...

—Llama y llama,
que no estoy.

Ando por la noche y toco
la ciudad en sus murallas...

—Llama y llama,
que no estoy.

Ando por la noche y toco
del río las turbias aguas...

—Llama y llama,
que no estoy.

Ando por la noche y toco
la tierra recién labrada...

—Llama y llama,
que no estoy.

Ando por la noche y toco
la espiga que el tiempo grana...

—Llama y llama,
que no estoy.

Ando por la noche y toco
mi corazón en su rama...

—Llama y llama,
que no estoy.

Ando por la noche y toco
la semilla de mis lágrimas...

—Llama y llama,
que no estoy.

Ando por la noche y toco
los límites de mi alma...

—Llama y llama,
que no estoy.

Ando por la noche y toco
sobre mis propias llamadas...

—Llama y llama,
que no estoy.

Ando por la noche y toco
el negro horror de la Nada...

—Llama y llama,
que no estoy.

Ando por la noche y toco
los duros labios del alba...

—Llama y llama,
que no estoy.

.....

¡Ay, noche de tres misterios
y de una sola lanzada!
¡Ay, desierto de mi espera
y anillo de mi esperanza!
Tumba y badajo del miedo
en tu cuerpo de campana,
sólo el eco me responde
hecho angustia de tu entraña,
como en el fondo de un pozo
sin tierra, cielo y sin agua:
—Llama y llama,
que no estoy.
Llama y llama...

Noche de un solo deseo
sin corazón ni palabra:

En la luz de tu universo
mi sangre prende sus alas
y el hueco de tu silencio
su alta cruz al cielo clava.

V

Media Noche

¡Heroica flor!
La rosa está nacida:
¿nace también el hombre?
—El niño enciende
su débil corazón bajo la luna...
El niño duerme.

Ay, fiel amor, defensa de lo bello:
¿hay fiel amor defensa de lo bello?

Se oye un fragor...
—¿Disparos?...
—Los labios contra el suelo.

¡Heroica flor!...
¡Terrible primavera!
—¿Nació el amor?...

—¡Ay, noche obscura!

VI

Fiel del Día

¿Dónde la luna?...
—En el cielo.

¿Dónde la luna?...
—En el suelo.

(Los telares de la mar
tejen entre dos eternos).

VII

Ultima Sombra

La noche está levantada
como un gran muro de piedra
y el tiempo la está empujando
sin poderla derribar...
Las estrellas se colocan
a un lado, por sostenerla;
el sol, por detrás, la aguanta
con sus manos de cristal;
el agua se hace bandera
y el viento se hace puntal,
para poder defenderla
mejor, contra su rival,
que de su empeño no ceja...

Todo cambia su camino,
porque la noche no acabe
sin que cumpla su destino.

Frente a su muro, yo, alzado
en cruz, aguardo mi suerte:

un disparo en el silencio,
un blanco en mi soledad
que, al fin, termine el misterio
de tanto inútil buscar
mi nombre en mi pensamiento.

Sobre el muro de la noche,
con el fósforo del sueño
mi dedo mojado en alma
va escribiendo su señal...

—Aunque mi cuerpo no veas,
aquí está su vida, muerte:
ven pronto, si has de llegar.
Escúpeme sobre el pecho,
y que tu ardiente saliva
me funda en la negra cal
de la sombra de lo eterno
que hoy respaldándome está.
Mi nombre, así perderé,
y, perdiéndolo, he de hallar
lo que pensando no encuentro
y es causa de mi pensar...
Bajo esta señal te espero
y es molde de esta señal
todo mi conocimiento.
Aquí estoy. No dudes más.
Venga tu golpe derecho.

La noche está levantada
como un gran muro de piedra
y el tiempo le está empujando
sin poderla derribar...

Arbol fiel de la verdad,
frente a la noche, mi cuerpo
no descansa de esperar.

Mis ojos son ya luceros.

VIII

Sobre la Tierra

Me duermo en ti, sobre la muerte, tierra;
sobre tu vida cierro, aprieto los ojos
igual que si muriera.

Me pesa el mundo,
acaso el tiempo
y tal vez la belleza segura
del corazón del hombre.

Aunque también miro en el árbol:
esa rama, tan tierna,
apretada del cielo; en su regazo
clavar hoja tras hoja
y hundir su tallo fino
sobre la carne azul
del viento que la mece,
si no igual en su ritmo,
—tal vez más cautelosa en su sistema—,
con idéntico afán con que persigue,

arrebata y devora la bestia, al fin,
su presa conseguida.

Por eso, hoy, siento en mí tu estío,
como un dolor o como un hueco
y en ti me duermo
sobre la muerte, tierra.

Pienso en mi cuerpo y veo,
sólo un ojo de sombra obscura, y, dentro,
tu misma muerte;
un sueño igual, tan fértil y tan puro,
como el hondo nacer
del agua, que, en tus venas
desconocidas, cruzan
por refrescar la ardiente pulpa
que ya como penumbra,
—medio muerte—, rodea
el hueso incandescente,
—luz cautiva, alma acaso—,
vida de tu manzana.

Todo lo muerto, en ti puede dar vida:
el trigo, el agua azul,
el cuerpo pálido del hombre, el fuego...

Todo puede nacer
y volver a ser muerte
en el momento mismo,

fugaz, en que se llaman:
libres los hombres,
el fuego llama,
luz el reflejo,
espiga el trigo,
manantial el agua transparente.

Luego, pueden también
vivir eternamente juntos
o ser eternamente muerte, juntos.

Pero lo muerto en mí, busca su vida.
Lo sé, porque soy hombre
y hoy temo, en este estío,
tierra, el dolor.

Y por eso te busco
y en ti me duermo, tierra, como un hijo,
el más pequeño, el último;
pero el más parecido también
a tu presencia, madre:
a la verdad augusta
que encierra tu regazo.

IX

NOSTALGIAS DEL AGUA Y EL SUEÑO

1

¿Quién sabe, si el agua es sueño
y si en el sueño, la flor
es tan sólo pensamiento?...

(Sobre el olivar el sol;
bajo el olivo mi cuerpo,
entre mi cuerpo y el sol
la interrogación del tiempo).

¿Quién sabe, si el sueño es flor
del agua del pensamiento?

2

El mar duerme...
Duerme el viento.

—¿Y quién va a velar al agua
por que no la robe el Tiempo?

3

Arboleda del silencio:
¡cuánta quietud en tus hojas
para no quebrar el sueño!

El amor pisó el olvido.
De su huella
nace un río...

X

Insomnio

¿Quién persigue en mi cuerpo como a golpes de azada
esta sien imprecisa que va acabando el mundo?
¿Qué deserción la enciende, sin luz, sobre la angustia,
ánima de la fiebre que en su vena atiranta?

Me duele el pensamiento, desnudo y agitado
dándome gota a gota por la noche, inconsciente.
Gota a gota, su herida va fluyendo constante,
sobre un papel de arena, carne de inútil tierra.

¿Qué pecado la muerte hunde en la piel del día?...
¿Qué pesada cadena le rueda entre la sombra?...
No sé dónde mi sueño quema su nueva raza;
dónde derrama el pueblo, sin razón, de sus límites.

Se me quedó en el borde del descanso
como junto a un abismo, medio cuerpo hacia fuera,

con los ojos abiertos, los cabellos colgantes,
frente a frente a la nada perezosa del tiempo.

No sé donde la luna medrosa se levanta;
no sé qué nueva imagen me alumbra en su desierto;
qué pecado persigue mis ojos sin herencia,
qué destierro infecunda la razón de mi sangre...

Perdido estoy en cuévano infinito,
sin tacto y sin espera que mi dolor razone.
No sé —¿lo dije?— el sueño, no es tierra de mi raza.
No sé donde el olvido devana el nacimiento
futuro de mi vida...

(La noche, en su pantano,
sórdamente se aprieta por buscar mi cintura...
Lentamente, la estrella va negando su carne
y, lento, el Universo deja paso a la Nada...)

Ante la horrible, inmensa negación del futuro,
más angustiosamente se incendia mi deseo.
Mi amor se descompone y pregunta al vacío:
—¿Para quién esta imagen que hoy mi sangre se finge?

.....

(Huye mi nacimiento...
¿Muere conmigo el mundo?...)

La ausente compañía me pulsa entre las horas.

XI

Orbita de mi Sueño

De nuevo he preguntado
serenamente al sol, por mi alegría
y otra vez ha escondido
en la noche su voz sin responderme.

Entonces, me acerqué misterioso
a la anchurosa boca de la sombra;
pregunté por mi muerte
y me mojé los ojos con su olvido...

Nadie me respondió.
Me volví al mundo...

Ahora ruedo cautivo
en la lágrima de un sueño,
expuesta ya por siempre a la burla de los hombres
la planitud de mi desesperanza.

XII

Copla

No es que yo cierre los ojos,
es que la noche ha perdido sus párpados...

¡Qué difícil será el alba
con tanta sombra en milagro!

Despacio cruza el olvido
con toda su luz cantando:
—Más ardor tiene la sangre cuando sueña
y la noche está soñando.

XIII

Insomnio

Duermen los hombres: ¿viven?
¿Trabaja en avaricia
la noche bajo el sueño, cómplice del descanso,
para el dolor, la angustia y su amor imperfecto
o abandonadamente curva su altiva sombra
vigilando tan sólo los cuerpos de su olvido?

Está sereno el cielo y el tiempo va en su cauce
arrastrando la esfera, aun sin cuajar, del mundo.
Cada sangre en su lecho, cada muerto en su tumba,
va tejiendo la estrella de su oculto universo.

Ni el pájaro, ni el viento, ni la espuma es un límite
que descubra el origen de una herida en la tierra.
Caminando va el agua con su incesante abrazo
y nace y muere y nace sin conocer lo eterno.

El eco de la luna, —tal vez como luz dada—,
sobre la piel, consuela lo que hoy vivir llamamos.

Pero no hay flor segura, ni hay corazón constante,
ni paz sin delincuencia, ni sol sin desventura...

Nace el trigo, y la harina se pudre amenazada.
Nace el niño y se pierde sin que lo roce el beso.
Nadie sabe si muerto vive bajo sus brazos,
ni si el besar es puerto del origen que busca.

Entre la fuente, el árbol, la ceniza y el odio,
enredado está el hombre sobre el suelo del día;
pone nombre a la piedra que, no sabe si existe,
y niega a cada paso el pan y la palabra.

Un desierto es la noche cuando la curva el tiempo,
como una enorme mano que amenazara hundirnos;
pero mientras su sombra nos aprieta, en el sueño,
sin voluntad, los hombres nos amamos y unimos.

¿Dormimos? ¿Despertamos?... Cada sangre en su lecho,
cada muerte en su tumba, teje como un enigma
la luz y el firmamento que ha de ser su camino.

¡Abandonadamente entremos a la noche
sin voz ni pensamiento, sólo anhelo por ella!

XIV

Jazmín nocturno

...Al fin, la luna,
yo no sé si al crepúsculo pregunta,
si sus rayos, deben o no dorar,
—soñando entre la nieve—,
este o aquel país
donde los hombres luchan
y luchan siempre,
por la luz de los dioses tan querida.

Yo no lo sé; pero aquí estoy contigo,
agua dormida en paz sobre la yerba
y pienso en una flor
que, junto al mar nacida
casi se ve y es dueña por su aroma,
del mundo que perdí
y el sueño en que recuerdo...

XV

Otra Copla

La noche suelta su sangre
desde el cielo...
Sobre el suelo,
—¡qué terremoto de sombras!—,
empieza a brotar un árbol...

—¿Hasta dónde ha de llegar?
Pregunta arriba el lucero.

—A donde deba llegar.
Le responde duro el tiempo...

Y el puñal de la raíz,
entra al corazón del sueño.

XVI

Tres coplas de guitarra en la noche

(Nostalgias)

1

Mi soledad me até al sueño
y... —¡allá va!.. grité al olvido:
me ahogué en el agua del tiempo.

2

El olivar se ha dormido...
(Hacia la mar se lo llevan
entre la luna y el río).

3

Y todo lo que perdí,
el sueño me lo fué dando:
soñando he vuelto a morir.

XVII

Página fiel
Nostalgia

Lejano mar, ¿conoces tu misterio?...
Sobre tu playa, el sueño
diminuto de un hombre,
no se queda olvidado,
como en el alma el pensamiento,
—pétalo, sol y nácar—,
en la espalda del tiempo...

..Lejano mar:
sobre tu arena está mi cuerpo,
sobre la sombra de su cuerpo,
y sueña, sueña, sueña en ti dormido,
que sin ti vive como estoy despierto,
con la frente en el agua y los ojos sedientos,
viviendo el mar, mi sangre, en tu recuerdo.

XVIII

Vela

Arriba un ala del cielo...
(¿Está alerta, centinela?)
Abajo un ala del cielo...

Viento, no empujes la sombra,
que tengo a mis pies el agua
y sé que el tiempo la ronda.

¡Está alerta, centinela!

XIX

En la media noche

Hubiera preferido, nacer
con los ojos quemados
por la luz del desierto
anterior a mi sangre,
que no ver hoy mi vista
igual que lágrimas culpables,
gota tras gota, estéril,
perderse bajo tierra
igual que trigo muerto,
porque no es justo acariciar lo que se ama.

Hubiera preferido, nacer
con los labios fundidos,
como las aguas
que nunca han de brotar
y profundas se mezclan
al corazón obscuro de la sombra,
a no sentir mis besos
bajo el olvido deshacerse

y esconder perseguidos
el ardor de su carne,
entre las hojas del recuerdo,
porque no es justo acariciar lo que se ama.

Hubiera preferido, nacer
tras el vacío superior
de la Nada: en su sueño,
bajo el ancho misterio
de la campana silenciosa
y densa de su espacio,
a no sentir la flor del azahar
como una herida incandescente
en el hueso del alma,
y ver la roja fruta
del naranjo, en sazón,
amarga sobre el suelo
frente al lucero que tapado la mira,
porque no es justo acariciar lo que se ama.

Hubiera preferido, nacer
a espaldas de la muerte,
bajo ese enorme mar ilimitado,
donde sólo la forma
de un caracol de sal
recoge como un eco
en su concha, la angustia
sin tejer, de la espuma,
a no sentir, como el ala del pájaro

sin cantar, sobre el árbol se deshace;
mientras mi oído sobre el agua
sólo escucha a los peces
en su sonámbulo vagar
entre las ondas,
porque no es justo acariciar lo que se ama.

Porque no es justo acariciar lo que se ama:
duermo y duermo, ya siempre
con los ojos abiertos,
como la luna nace
sin saber si ya es beso de la sombra
la luz de su cuchilla,
o es sólo su reflejo de oro
nueva herida en el cielo,
con la que ha de salvar
la noche misma en la que duerme.

XX

YUNQUES DE SOLEDAD

1

¿Era la muerte?...
—No sé.
Si hoy no entró, vendrá mañana;
si no, yo la buscaré.

2

Ver y no ver es lo mismo:
cuando la noche es obscura,
la muerte se hace infinito.

3

¿En el taller de la Muerte
sonó un golpe?...
—El aldabón
del sueño, bajo mis sienes.

XXI

Mitad de la Vida

Como al nacer se brota de la muerte,
como del fondo de un olvido
sube lento el recuerdo
a su destino ilustre;
igual que una burbuja
de aire bajo el agua,
dejo elevar mi cuerpo hasta mi frente.

Salgo a pisar la cumbre de mi vida,
con idéntico afán que el hombre lleva
cuando para sentir más cerca el sol,
asciende hasta tocar
en su más alta espuma,
la ceniza traidora
y fría de los hielos.

Sobre mi piel estoy: sobre la tierra.
Acaso un sueño
bajo la noche me ha dejado,

como el despojo de un navío perdido
o la rosa profunda
arrancada del mar
tras su batalla obscura, silenciosa,
o, el cansancio de un pez
sonámbulo, vencido.

He llegado de un mar,
pero no desde un sueño...
Salgo a pisar la cumbre de mi vida.
Estoy de nuevo aquí sobre la tierra
y aún mi vista no es clara;
pero en la misma arena
siento, como mi antigua sombra,
la misma soledad, igual silencio.

¿He llegado de un mar?...
¿He llegado de un sueño?...
Del fondo de mi sangre
voy subiendo despacio,
de su arcano inseguro,
y, empiezo a despertar de nuevo
en mitad de mi vida,
como al nacer se brota de la muerte.

XXII

BURLA DE SOMBRAS

1

¿Quién descorre en la memoria
el paño gris del olvido?

—Silencio...
(Sale la luna).

Queda amortajado el tiempo
con el temblor de la espuma.

2

¿Duerme el tiempo en el espacio?...
—Estrella a estrella, la muerte
en la noche va cuajando.

3

¿Y dónde el espacio?
—Duerme.

(La huella de su desnudo,
aún sobre el tiempo se siente).

4

Guiña el tiempo...
(Se abre el cielo
y muestra entera a la luz
dormida sobre su pecho).

XXIII

Vuelta de la Sombra

¿A dónde, a dónde llega
la piel de lo infinito?...

Si después de haber dado,
los límites que el cuerpo
con sombra o con dolor me dibujaba,
hoy, más preso de mí, más diminuto,
temerosa semilla sólo entrego,
infecunda y opaca,
—pupila ciega—, carne del infierno:
¿dónde, por dónde el viento se derrama?

Fuera de mí ¿qué mano mueve al sol
que así le ordena
su ritmo cotidiano y amoroso?
¿Quién abrió la semilla,
imperceptible apenas en su olvido,
para subir tan lentamente el árbol
y tan jugosamente, el fruto al cielo?

¿Qué misteriosa luz condujo al hombre
hacia la blanca harina;
la dulce melodía;
la paz del sueño, el fecundar glorioso?

A la cauta serpiente ¿quién la indujo
a su mudo saber y a su veneno?...
No sé quien dijo al pájaro
que, al abrirse, un volar se presentía
sin herencia al dolor de la distancia.
El pez, tan soñador,
tan físico y prudente,
jamás pudo saber la altura
que mueve al corazón que le acompaña.
Y hasta a la misma yerba que arroja el mar,
el alga perezosa,
no sé quién le mostró
tan justo el reposar sobre la orilla
bajo el rayo de sol, su compañero,
que blando la acaricia,
la pudre y la devora.

Antes, esta ignorancia era yo mismo
y su conocimiento mi figura.
Por temor a la muerte o al olvido,
rompí la caja que me dió la vida
y sin cuerpo nací; que era yo el mundo,
su gracia y su razón y aún su conciencia.

Hoy, tanto me miré, tanto he salido,
que he vuelto a ver sus nombres separados.
He visto el mío, al fin, tan diminuto,
que al volver a nacer me encuentro ciego.

Pero... ¿en dónde está, pues, el Infinito?...

XXIV

Angel desnudo

Estoy desnudo en medio de la calle.
No sé de dónde vengo.

Los hombres me rodean.
Todos me dicen:
—Ten, tu mano es áspera;
venenosa es tu lengua,
en tu piel hay pecado...
El mar es bello,
la rosa es bella,
el corazón del hombre es bello,
la lluvia es hermosura
y en cambio tú...

(Suena un reloj
y, cada cual, de prisa, me abandona,
para llegar a tiempo a sus trabajos)...

Vuelvo a quedarme solo.
Estoy desnudo en medio de la calle.

Miro hacia mí:
mi mano es bella,
mi lengua es bella,
mi piel es bella
y mi pecado es bello...

Miro hacia Dios.
Vuelvo a bajar los ojos.
Mi pie no deja sombra por la tierra.

XXV

Soledad

Latiendo estaba el silencio,
cuando se acercó la luna
por el cielo...

(La sombra se estaba abriendo).

Exánime está el silencio.
Y ¿dónde se fué la luna
por el cielo?...

(La sombra se estaba abriendo).

—¿Quién va?...
(Sobre el horizonte,
se está desangrando el agua
a borbotones).

XXVI

Pulsos de la Muerte

¿Quién pisa, arriba, mis sueños?...

(Apretemos la cintura
de las sienes del silencio...

Se oye el latir de la altura
sobre la fiebre del viento...

Cruza rápida la luna...

Delirante, piensa el tiempo,
que es él, el agua desnuda
que acaba de entrar al cielo).

Todo el temor se hace espuma
bajo los pies del misterio.

XXVII

Insomnio en el Jardín

Tendido estoy de frente a frente al cielo.
El alma mía, redonda,
—negro ancho mar de un cuerpo limitado—,
como durmiente luna
sobre la tierra, enamorada
mira arriba la noche
que se inaugura en flor para mis ojos.

No tengo voz;
estoy despierto y mi memoria
sobre la concha nácar del olvido,
cubre a mi corazón lo que no entiende.
Sólo tengo sentido
de mi paz en la sombra.

Un vértigo, me hace girar el alma,
me hace girar el alma:
redondo y negro mar
tendido frente al cielo.

Y brotan de este mar de mi alma en giro,
el canto de mi paz dulce en silencio:
toda mi voluntad perdida,
cuerpos de realidad,
figuras de mi sueño.

(Una canción se escucha y vuela
como el perfume de la noche...
¿Será una flor marchita
que se duerme y consume?)

El centro de mi alma,
como un clavo de luz,
fija la imagen de mi vida al mundo
y la seduce y guía,
hecha reposo y savia
de mi continua vocación de espejo.

Y siento,
cómo al moverse dócil de los años,
suena el otoño su oro, entre los árboles
de una vida vulgar
de un cuerpo dolorido
de un hombre que se aleja...

Luego, queda en la sombra
un niño por la arena;

inocente verdad
sobre una playa dócil,
tímida en la hermosura
junto a un eterno mar incomparable...

¡Imagen de mi vida!
Como el calor de la memoria, subes;
como el sueño a mi sangre,
como el dolor, silencio de mi sombra.

(Y otra vez la canción se escucha y vuela,
—¡rompe un jazmín el agua!—,
y alza de pie el aroma de la noche).

Tendido estoy sobre la tierra.
Sigo de frente a frente al cielo,
soñando el corazón caído:
—Sí, sí, soy una flor marchita
que se duerme y consume...

XXVIII

La Flor y el Reflejo

¿En esta rama nació?...
—En esa rama.

(Se está desnudando el agua).

¿En esa rama murió?...
—En esa rama.

¿Dónde la rama se fué?
¿dónde la rama?...

(Duerme, sin sueños, el agua).

XXIX

Anochecer

Sólo fiebre en delirio
de luz, era el ocaso...
Bandera de universo
el agua ha levantado...
Y, la noche, descalza,
—surtidor del espacio—,
cruza desnuda el cielo,
con la luna en la mano.

(Todo el viento es entraña
de espejo abandonado).

II

OTRO AMOR

I

Puñal de Luz

Este cuerpo que Dios pone en mis brazos
para enseñarme a andar por el olvido,
no sé ni de quién es.
Al encontrarlo,
un ángel negro, una gigante sombra,
se me acercó a los ojos y entró en ellos
silencioso y tenaz igual que un río.

Todo lo destruyó con su corriente.
Los íntimos lugares más ocultos
visitó, alborotó, fué levantando
a otro mundo en los bordes de mi beso:
única flor aun viva en el espacio.
Luego en mi carne abrió sus amplias alas
—alas de luz y fuego de tristeza—,
clavándole sus plumas bajo el pecho,
todo temblor y anuncio de otras dudas...

No sé qué vida, así, podrá encenderme
la entrada de este ángel.

Soy un templo
arruinado, desde que vino a mí:
farol vacío,
como puerta cerrada de lo eterno...

Y lo que fuí, no sé; quizás lo sepa
cuando este cuerpo vuelva a abandonarme
y yo vuelva a nacer desde mis labios,
despegado al calor que hoy los concibe...

Mas ya, por fin, he detenido al día;
le he destrozado el corazón al tiempo,
aunque dentro de mí, como una daga,
siento al ángel crecer que me atormenta.

II

Ambitos

Estando muerto, esperarte
a que bajes de la vida,
será como si esperara
vivo, verte en mí nacer.
Así, lo que hoy yo te dejo
para que cuando me vaya
tengas de mí, yo tendré
de nuevo con tu llegada.
Tú, lo que de ti yo tengo
y tú no tendrás sin mí,
puesto que por ti lo llevo
en forma de mi vivir.

Esperarte estando muerto,
será igual que si esperara
la imagen de mi recuerdo...

Así, completo, estaré
seguro de lo que he dicho;

seguro de lo que amé
y por qué lo estuve amando.
Seguro de que viví;
seguro de lo que vi,
seguro de que morí
y que muerto estoy salvado:
seguro de lo que dí.

Estando muerto, esperarte
en el umbral de mi cuerpo,
para que nazcas de mí;
para yo nacer de ti
desde mi más a mi menos;
para salirte a esperar
de mi menos a mi más
hacia el umbral de tu cuerpo...
Para podernos quedar,
sin signos y sin umbral
fijos los dos en lo eterno...

Estando muerto, saber
que nunca podré estar muerto;
que ninguno de los dos
jamás podrá ya estar muerto...
Esto es saber por qué amé
y por qué en tu amor me encuentro.

III

Canción sin Cuerpo

Una vez soñé en dormir;
otra soñé con la muerte,
otra soñé con vivir.

Ahora pienso que soñar,
es dormir vivo en la muerte
para poderla olvidar.

Yo no puedo descansar:
no tengo quién me despierte.

IV

La Voz en el Jardín

-¿Aún es de luz el día?...

—Y Dios me ha puesto en él para mirarte.
En dónde estás, no sé.
Tal vez no importe,
pues un dolor me dice que te beso.

V

La Voz del Jardín

Sobre el agua de la noche,
flota la flor de una estrella...

(Mi pecho contra tu pecho:
¡qué obscura pared de sangre!)

—¡Ay!

Bajo el agua de la noche,
se hunde la flor de una estrella.

(Mi sueño contra tu sueño
¡qué cielo en la luz nos abre!)

—¡Ay!

¿Que un beso quedó perdido?...
—Lo que fué beso es suspiro.

—¡Ay!

VI

Ciudad de la Sangre

Tuviste tu soledad,
la soledad que querías;
pero tanto la llenaste
de lo que faltó a tu vida,
de esa misma soledad
que en soledad perseguías,
que hoy vives sin soledad
por ser tú, soledad misma.

Incorporada a tu carne,
—sombra de angustia cautiva—,
la luz, corazón del mundo,
por dar consuelo a tu herida,
en tu soledad centró
el cristal de su cuchilla.

Clavó su sol, al misterio
de tu pecho, como insignia

y al iluminarte el alma
—recinto de tu agonía—,
su luz interna prendió
tu llama o sueño en vigilia.

¡Qué batallas interiores
dentro de tus plazas íntimas!
¡Cuánta alameda quemada
por tu sangre enardecida!
¡Cuánta flor muerta, en el suelo
y cuánto amor sin espiga!
¡Cuánto grito sin espacio
y cuánta sombra sin guía!
¡Qué banderas desgarradas
tus entrañas de ceniza!
¡Cuánto temor en las torres!
¡Cuánto dolor en la orilla
del mar de tu pensamiento
circuncidado de espinas!
¡Cuánta catedral quebrada!...
¡Cuánta oveja sin esquila!...
¡Qué multitudes, sin rumbo
bajo tus venas, perdidas!

Si eras ciudad de silencio
y tu carne dolorida,
tierra del mundo, apretada

sobre tu angustia en semilla
¿por qué llamaste la luz?
Hoy eres ciudad vencida.

Y tu soledad, se fué,
la soledad que querías,
a hacerse cuerpo del aire,
—sombra de angustia cautiva—.

Y ¿cómo podrás ahora
salvarte de esta agonía,
sabiendo que, en soledad,
tan sólo soledad libras?
¿Dónde está tu voluntad
límite de tu alegría,
fiel entre las soledades
de sombra y luz de tu vida?

Si con la sombra te enciendes
y en luz tu sombra germina:
no busques la soledad,
que soledad no es huída.

VII

La Voz en el Jardín

Como una blanca espada,
de golpe por mis ojos
clavó el dolor mi cuerpo.
Bajó por mí, pisando en mis ruinas;
colonizando el campo de mi sueño.

Como un rayo de luz mojó mi sangre
su lágrima de fuego
y quedé iluminado, perseguido:
toda mi entraña abierta al nuevo dueño.
La heredera al dolor de mi locura
desató las corrientes de su ejército
y hallando ya mis ojos sin fronteras,
mi plaza tomó en ellos.

Hoy canto con la flor de mi tristeza
oculta en el silencio:
¿Para qué voy a entrar en la alameda
si no llega a lo Eterno?

VIII

Piedra de tu Nombre

Te buscaba
y te buscaba...

Te fuí tirando tu nombre,
lo más lejos,
lo más cerca.

Más allá del horizonte
de tu vida: en donde acecha
la luz que tanto te inquieta.

Y a mi espalda.
Y a tu espalda.

Allí de donde venimos;
allí de donde partimos
a no saber dónde estamos;
a no saber dónde vamos,
ni por qué de allí salimos.

Al hueco espejo de sombra,
arco que fué, de la flecha
que es hoy tu cuerpo y mi cuerpo,
que es hoy tu pena y mi pena;
sin volver la vista atrás,
allí te tiré tu nombre
como si fuera una piedra.

A la puerta del silencio
infinito, en donde encierras
la forma de tu vivir,
la vida de tu presencia:
para quebrarte tu origen
y poderte así tener
delante de mí, más cierta,
allí te tiré tu nombre.

Y, delante, te llamé,
para que tu nombre fuera
muro del tiempo y cortara
la ruta de tu existencia.

Yo no te quise llamar
aquí, donde tengo el pie;
porque el presente es silencio
y lo que tiene de más
también lo tiene de menos...

Aquí tu nombre sería,
mitad voz y mitad eco...
Mitad vida y mitad muerte
no quiero tener tu cuerpo:
lo quiero para el amor,
vivo y feraz como el fuego.

Te buscaba
y te buscaba...

Tu nombre sonó en mi sueño.

IX

Oración junto al Agua

Nada pido para mí;
sí para el que está conmigo
y conmigo ha de vivir.

No soy tan mal compañero,
ni amigo tan olvidado,
que al que sostiene mi vida
le dé mis propios cuidados.

Y, más, si esta vida mía,
de la suya está tan junta,
que, ni en mi sombra
separa los cauces de su figura.

Tan cerca vamos andando,
que el pie que mi paso aleja
viene su huella dejando.

Y temo que, hasta al pedir,
pensando que por él pido,
tan sólo pido por mí.

No sé que será mi amigo;
ni qué su amistad persigue,
ni qué pueda yo entregarle
que, así, mi cuerpo recibe.

Sólo sé que, al ser eterno,
aunque conmigo hoy está,
huyendo viene de un dueño
con quien mañana se irá
sin yo poder detenerlo.

Y, si al fin me ha de dejar,
que emprenda pronto su vuelo.
Venga a mí la libertad:
soledad que tanto temo.

X

Fiel en la Aurora

No sé que hachazo antiguo
me partió el corazón;
partió mi carne,
dejándola sangrar en el vacío.

Me quedó abierto el cuerpo
como el alma de un grito;
medio en el sol naciente,
como el cielo,
medio en la noche obscura,
en el silencio.

Después del atentado,
saliéndome del sueño como un río,
fuí perdiéndome al hábito
que me sostuvo en pie frente al olvido.

Hoy, que ya estoy llegando,
que vuelvo a lo perdido;

al encajar con mi dolor presente
al fin como hombre vivo,
me encuentro en la alegría de lo eterno
como fiel en la aurora de mí mismo.

XI

La voz en el Jardín

Cuando en la noche he buscado la estrella,
amor, no te he encontrado.

Nunca te quiero, amor, bajo la noche;
me distraigo y te pierdo, amor.
Y, luego...
la soledad me encuentra
junto al alba, llorando.

XII

Torre de la Muerte

Igual que en un pozo, estás
cautiva de un pensamiento
que no te deja pensar.

Vives dentro de tu tallo,
pero en su vida más honda,
como sangre resbalada
de recta vena marchita,
tutora de un cuerpo muerto
que se negara a partir.
Como savia en rebeldía
que se cuajara en el suelo
después del intento inútil
que es el luchar contra el tiempo.
Savia vencida: castigo
de querer ser,
flor o fruta de lo eterno,
sólo por miedo a perder.

No tienes raíz. Te estancas
al fondo de ti, en tu tierra;

en el país de tu antojo,
dentro de tu voluntad...

Y, así te encuentras, cautiva
de tu propio pensamiento,
carne infantil del soñar
que de ti me tiene lejos.

Igual que en un pozo estás...

Redonda el agua, es pupila,
bandeja negra en que tienes
la rosa de tu mirar,
buscando un cielo, encendida.

Redondo el cielo, al brocal
se ajusta, en lo más arriba
de la muerte en donde estás.

Yo vivo en esa pupila
y siento que me preguntas
entera, con tu mirar:
—Enséñame tú a bajar...
Yo no te puedo ayudar.

Tan hondo está tu profundo,
que te crees que bajar
es subir de nuevo al mundo.

XIII

Te sigo, Amor

Te voy siguiendo paso a paso.
¿Acaso no lo ves?
Me voy perdiendo paso a paso.

Mis pies pisan la yerba.
—¡Ay, la yerba! ¡tan tierna!...
(solloza mi destino).
Te vas perdiendo paso a paso.

A la sombra de un álamo
me siento a descansar.
—Y... ¿olvidas la alameda
y el viento entre las hojas?
(solloza mi destino).
Te vas perdiendo paso a paso.

Empieza a anochecer.
Brota el primer lucero...

(Esta vez he de hallarte, corazón;
esta vez he de hallarte... —estoy pensando—,
y me quedo dormido).

—¿Ni un suspiro en tu sueño?
(solloza mi destino).
Te vas perdiendo paso a paso...
¿Acaso no lo ves?...
Tal vez ya estás perdido.

XIV

Cantar de Noche
(*en la Alameda*)

Ando y ando perseguido,
sin saber qué me persigue.
Nada pregunto, ni espero
que nada pueda decirme
qué camino es el que quiero.

Rendido estoy, pero andando,
aunque no sepa en qué tierra.
No sé lo que me acompaña;
ni hasta dónde he de seguir,
ni si escondido en mi alma
estoy, para no sentir
la muerte que me amenaza.

Pero sigo caminando...
Si he de llegar, no me importa.
Uno...
Dos...

Mi pie, pasando,
deja su huella a la sombra
que viene detrás llorando.

XV

La voz en el Jardín

Corazón, hoy te he visto
salido de mi cuerpo,
andar desnudo por la calle.

¡Qué sonrisa era el cielo!

Me acerqué para hablarte
y sólo te miré...
También tú, te acercaste;
pero seguiste luego,
corazón, sin hablarme.

¡Qué temblor en el aire!

—Si él me tocara, sólo,
tan sólo con un dedo

sobre la piel del hombro.
(Pensábamos los dos...)

¡Qué temor en la sangre!

—¿Vencerá este silencio,
la piel de nuestro sueño,
amor...
amor?...
(Cantaba el Tiempo).

Y seguimos andando,
sin voz por el misterio...

¡Qué suspiro en la tarde!

XVI

¿Qué importa el Dolor?

¿Qué importa el dolor, si vivo
sucio en la luz que amanece,
y, al nacer el sol, más luce
la obscuridad que me pierde?
¿De qué me sirve el pensar
y el conocer el camino
que mi pie tiene que andar,
si ya no encuentra mi sangre
cuerpo donde palpitar,
cuchillo que la liberte,
ni tierra donde cuajar?

Corazón y pensamiento
me van llevando a la muerte...
La vida me está olvidando,
apenas sin conocerme.

Y ¿cómo podré morir,
si aún no conozco si vivo
o es que me invento un vivir?

Aun debo seguir despierto
aunque me duela mi suerte.
¿Qué importa el dolor?
La vida
no es vida, si nunca muere.

XVII

Cuerpo perseguido

Ni fuí, ni llego, ni estoy,
ni rendido por no verme,
ni cansado de mirar
estoy cerrado en mi tiempo...

El mundo estaba y está
como el día en que nací,
no sé si conmigo dentro
o si por dentro de mí.

La rosa se alzaba en él,
el monte en él descansaba
y el árbol en él gemía...

Y el árbol sigue gimiendo
cuando lo acaricia el aire;
el monte sigue durmiendo
recostado sobre el valle,

la rosa sigue luciendo
y, yo, sin saber de mí.

No sé si este pensamiento,
que tampoco sé si es mío,
me ha dado figuración
de lo que creo estar viendo
o recordando que vi
fuera de conocimiento.

¿Qué tendré? ¿qué tengo o tuve?...
¿Salí, voy, entré, me pierdo?...

No hay nada que se aventure
en mí, si busca su cuerpo,
y, nada que no halle en mí
que en mí vive sin saberlo.

Yo no sé si cuando vuelvo
de donde pensé que estuve,
vuelvo a mí, o estoy saliendo...

Mas... si el pensar es salir:
desde dos confines vengo
por buscar un solo fin.

¡Ay, espejos de mi eterno!

XVIII

Otro Amor

Si eres tú quien me empuja hacia mí,
vuelvo a mi cuerpo.
¿Para qué? No lo sé.
Tal vez para cuidar, también por ti,
mi corazón ya viejo.

XIX

Cielo de Bautismo

A la puerta de mi voz
tu cuerpo estaba llamando
y mi voz era tu nombre:
tú, nombre andabas buscando.

Quise ser cristal, espejo
a tu amor no quise darle,
por miedo a que te perdiera
la hermosura de tu imagen.

Y fuí limpiando los ecos
de tu nombre, que esperándote
andaba dentro de mí
antes de verte en el aire.

Y arreglé mi soledad,
para que en ella reinases

Fueron memoria y olvido,
sólo ausencias de mi sangre;
eternidad, el momento
de mi silencio, al buscarte
y angustia todo el "no ser"
libertado al libertarte.

Puerta de cristal, mi voz
a tu cuerpo quiso darle
y entera subió hacia ti,
que eras tu nombre, buscándote.

Quise ser cristal, por miedo
a que, al contemplar tu imagen
tan encajada en tu nombre,
en tu imagen te quedases.

Y al quitar, dentro de mí,
por mejor acomodarte,
todo lo que, al no ser tú
ni era mío ni de nadie:
sin tu presencia, apagó
mi cielo interior su carne.

Un chorro de sombra alcé
a la puerta en que llamaste
y espejo te vine a dar
y en él, luna en que quedarte.

¡Qué umbral de desesperanzas
fué mi esperanza esperándote!
Hoy, nadie se acerca a mí;
nadie viene a despertarme.

XX

Sombra de Abril

Mi cuerpo vivo y casi lo conozco;
apenas percibir puedo su forma
y sólo cuando cruza por mis sueños
siento, por su dolor, que en él habito.

No sé cómo se llama, ni he sabido
cuál es su nombre nunca, ni lo quiero.
Su nombre ha de formarse en su memoria:
la memoria de mí, que nunca es mía.

Pero nacido estoy, casi ya viejo
después de tantos duros vendavales,
y, en él, se afina entera mi ternura
hoy por la guerra, al borde de la muerte,
igual que antes, miedosa mi esperanza,
se afilaba al nacer junto a mi vida.

¡Oh forma persistente que así enredas
mi pensamiento al giro de las horas!

¿a dónde has de llevar mi eterna lucha
que siempre has de encontrarme desolado?...

Aun la sombra de abril a mí se acerca,
como otras veces, cuando niño, he visto
acercarse su ardor junto a mis nervios
a despertar su angustia por mi sangre.

Aun su amenaza inquieta mis sentidos,
como ayer inquietó mi triste infancia
entre fantasmas, sueños y amarguras
de mi primera edad desamparada...

Igualmente me muestra sus auroras
e idéntica ilusión por mí desgrana.
Abril, en guerra o paz, siempre me encuentras
desconocido en medio del combate,
junto a las hojas de mi muerte, trémulo,
aguardando su eterna flor desnudo:
si como un árbol, bajo mi arboleda;
si débil yerba, entre mi compañía,
pero igual en la vida de mi suerte.

Siempre, al llegar, ves que mi cuerpo sigue
la romántica forma de su ausencia,
que un desmedido afán le llama olvido.
Yo, siempre en mi dolor, sin conocerme.

¡Oh, primavera inquieta, que me ocultas,
lleno por tu ambición, mi propio cuerpo!
Abril, abril: ¡qué eterna adolescencia
mi renacer constante por tus ramas!

XXI

Voz de la Luz

Como un cuchillo, en la sombra
clavas tu lengua encendida
y te vas y allí la dejas
en su obscura carne, viva,
como un diminuto acero
de luz, que en tu amor se afila.
¡Qué honda llega! ¡qué segura
queda en el silencio hundida
y da estrellas a la noche
de la entraña que ilumina!

Como piel del pensamiento
las tinieblas se tejían
y andaba el cuerpo sin sombra
y el corazón sin herida,
igual que en limbo de ciegos
sin pena y sin alegría.

Cuántos ojos encharcados
y cuánta inútil saliva...

y qué bien la puñalada
de tu lengua enardecida.
Y, qué justa, en el momento
preciso, hundió su cuchilla.

Nadie te vió. Nadie supo
quién su palabra encendía,
ni para qué la dejaba
en sombra ajena metida.

Nadie te vió. Nadie supo
cómo recobró la vista...
Nadie te vió. Nadie supo,
ni desconoció, tu huída.

XXII

COPLA

AGUA de Dios, soledad:
por los mares del olvido
mi cuerpo nadando va...
Que a tus playas llegue vivo.

XXIII

Castillo sin Fuerza

¿Ya se te ha cerrado el alma?
¿De qué piedra o piel te vistes?
¿Qué hábito rígido aprieta
la juventud que te rige?
Eres sólo admiración
de lo feo.
¿Qué te oprime
de esa manera, un amor
que ni aun en tu sueño es libre?
¡Qué duro cerco enmascara
el bello nombre que vives!
¿Con qué cuchilla has cavado
el foso que tus pies ciñe?

Ni eres torre de defensa,
ni temor emparedado,
ni combate detenido,
ni en el desierto eres árbol...

Eres, sólo, admiración
de lo feo.
¿En qué regazo
de la soledad, inclinas
tu sueño desmelenado?
¿En ninguno?...
No hay reposo,
si no hay corazón sangrando.

De la tierra de la Nada
eres el más firme tallo.
Y te alzas, carbón inútil,
sin saber que ya te sigue
una llama que hay errando
bajo el cielo en que te eriges.

Carbón que el cuerpo levanta,
siempre es piedra, que del fuego
viene, para hacerse llama.

Tú no lo sabes —carbón,
ladrillo, piel, sueño, yeso—:
cárcel de tu corazón.

Y ya se acerca la llama
y ya a tu torre le embiste
y ya a tu cuerpo se agarra.

Como yedra se te sube
y ya te incendia la cara...
Tu piel, tu nombre, el silencio,
todo, hoguera te proclaman.
Y tu foso es ya, sortija
de luz, que tu ardor declara.
¡Ay, terco y mudo castillo,
qué blandas son tu murallas!

Fuego te viene y te va:
mil lenguas tu cuerpo atacan.
¡Cruje, cruje, cruje, cruja
todo lo que por amor arda!
¿Ardes?...
Cruje, cruje, cruja
el fuego que se levanta,
surtidor de tu bautismo,
árbol de luz que te salva.

Y, ahora, ¿sabrás defenderte?
¿Ya se te ha cerrado el alma?
¿Eres sólo admiración
de lo feo?...
—¡Fuente clara!

XXIV

Espejo que no acaba

Fué tan sólo mirarte y ya sentirte
labrando en los misterios de mi duda
su tierra de temblor.
De un solo golpe
en su intangible luna, mi pensamiento
recibió tu imagen y el temor mismo
de perderte en las ondas que engendraba.

¡Te hundiste por mis ojos!...
Mis pupilas,
sus aguas engañosas, frente al cielo,
como el fondo de un pozo presentaron
y tú pisaste en ellas.
Confundiste
la trampa del amor con la del tiempo
y fuiste piedra en medio de mi carne...
Así te presentí constante duda.

XXV

Huída

El corazón de la luna
es sangre de otoño virgen:
el corazón de la lluvia.

(Búscame despacio,
estoy en la yerba.
Búscame despacio,
mi sangre te espera).

—El corazón de la fuente
es agua de luz cautiva:
el corazón de la muerte.

(Búscame despacio,
estoy en el árbol.
Búscame despacio,
te estoy esperando).

—En el corazón del viento
pierde la luna su sangre:
el agua pierde su cuerpo.

(Búscame despacio,
estoy en el cielo.
Búscame despacio).

XXVI

La voz en el Jardín

Mírame, ya el silencio
que otras veces me uncía
con la red que mis venas
sobre el mundo arrastraban,
lejano está, Dios mío.
La red abandonada
como un islote muerto
sin forma y sin calor;
mi voz, perdida...

Turbio me acerco a ti,
no sé por dónde,
ni qué fuerza interior
de ti me llama.
Yo me dejo llevar...
Soy como un barco.
Como una nube más
sobre tu cielo.

XXVII

Fiel

No tengo miedo a mi vida
ni tengo miedo a mi muerte.
Tengo miedo, al pensamiento
que entre los dos me mantiene.

La balanza que me mide,
paz me quita y paz me ofrece
en aguas de un mismo tiempo,
mares de una misma fuente.

Dónde estoy, dónde he de ir
bien conozco.
¿Qué sorprende
el caminar de mi río,
que así, sus aguas detiene?

Entre dos claras pupilas
mi cuerpo está en pie...

¿Qué quiere
este pensamiento mío,
inmóvil sobre mi frente?

Sobre el lago de mi vida
el amor nada...
(En la muerte
nada el amor).
¡Qué descanso
después de tan larga fiebre!

Pero, quieto no he de estar
sobre mi espacio.
Corriente
vine a nacer por ser hombre
y caminar en mi suerte.

¿Quién me sujeta?
¿Otro amor
que entre dos amores crece?...

Miedo tengo al pensamiento
que mi corazón remueve;
mas... ¿quién combate una sangre
hecha luz, que al cielo asciende?

XXVIII

Mitad de la Sangre

Tanto he llamado al silencio;
tanto he nombrado al olvido,
tanto entré en mi soledad
que, hoy, en mi cuerpo cautivo
ando y no puedo encontrar
la salida de mí mismo...

Al sueño a peregrinar
voy; a cumplir mi castigo...
Al sueño por libertad.
Para cumplir mi destino,
al sueño voy a soñar
que tengo al sueño vencido...
Al sueño voy por pensar,
que sin pensamiento vivo,
para volver a pensar.

XXIX

Soledad

Andar de mi pensamiento:
qué peregrinar de luz
por su infinito desierto...

XXX

Pasión del Sueño

Es inútil, el perderte
no tiene forma en mi olvido.
Es inútil, el buscarte,
en mi amor no tiene forma.
No tienes puerta ni entrada
a la torre de mi vida.
Del redondel de mi alma
no puedes tener salida.
Y no sé cómo apartarte
de la prisión de mi tiempo
y no sé cómo acercarte
para ser tu prisionero.
Así que cuando te tengo
ya está mi cuerpo perdido
y si te quiero encontrar
te pierdo en mi propio olvido.

Y de tanto en ti pensar
no pudiendo estar contigo,

de mi pasión de soñar
me voy haciendo cautivo
por no poder cautivar.

Y es que mi forma de amar
es sólo anhelo de hallarte,
no de quererte alcanzar.

Cumpla el amor mi destino.

III

CONSTANTE AMIGO

I

La Muerte y el Jardín

Abandoné la forma de mi cuerpo;
la carne de mi hastío...
Por el fiel de mis ojos,
corté en dos la balanza
que me sostuvo en pie como hombre vivo.

Quedé, como un fantasma hueco,
en pena de equilibrio:
como el traje de un sueño,
en la corteza de mi propio abismo.

Saliendo por mi ausencia
tras la presencia viva de mi olvido,
—la fuente de mi entraña
como el alma de un río—,
contigo, noche, bajo tu alameda,
huyéndome a mí mismo,

medio flotando y sin memoria vuelo
desolado y continuo...

Sólo la muerte me acompaña y sigue
como constante amigo.

II

Canción

Una vez tuve una sangre
que soñaba en ser un río.
Luego, soñando y soñando,
mi sangre labró un camino.

Sin saber que caminaba,
mi sangre comenzó a andar
y andando, piedra tras piedra,
mi sangre llegó a la mar.
Desde la mar subió al cielo...
Del cielo volvió a bajar
y otra vez se entró en mi pecho
para hacerse manantial
y agua de mi pensamiento...

Ahora, mi sangre es mi sueño
y es mi sueño, mi cantar,
y, mi cantar, es eterno.

III

Cerco al Amanecer

Igual que lo pensé dió
la sombra sobre tu cuerpo.
Tan torpe y atolondrada,
tan rutinaria en sus hechos,
tan sin verte y sin mirar,
tan confiada en su tiempo,
tan ciega en su obligación
y tan segura en su ejército,
que, hasta que no halló tu piel,
no vió imposible tu asedio.

Como un manto cayó a tierra
la corola de tu cerco,
igual que una blanda esfera
de obscuro metal de sueño.
En medio te alzaste tú
como un pistilo de fuego,
como una torre de luz

interior y de silencio.
Lo que otra vez fuera pozo
de noche, hoy era incendio.
Lo que antes curvada espina,
hoy era puñal erecto.
Lo que fué madera humilde,
hoy era puntal soberbio;
lo que apagada semilla,
hoy se alzaba en tallo ardiendo.
Lo que angustia de la nada
hoy conseguido universo.

Sombra, yo, bien te lo dije:
pon cuidado en este cuerpo
que, aunque tan fácil parece,
es pedernal en acecho
y, al tocarlo, será llama,
faro encendido, ya eterno
sobre el mar de tu derrota
que romperá su misterio.

Bien lo dije: si es la noche
más obscura, más luceros...

Tan torpe y atolondrada;
tan confiada en tu ejército
y, hoy, como un manto está en tierra

la corola de tu cerco
y en medio, erecto, el amor,
como un pistilo de fuego.

IV

Fuente de la Noche

Estoy sintiendo tus pasos
en los bordes de mi cuerpo,
pero bien puedes pisarme
que, a tu pie, yo no le temo.
Muerte, tan cerca te escucho,
y, a mí, tan lejos me veo,
que pienso que quizás viva
porque ya ni te deseo.
Tanto anduve ya contigo
y tan constante me pierdo
a mí mismo, por buscarme
sin ti, por la vida, eterno;
que nada tendrás conmigo
cuando solo y sin remedio
vuelva a ser carne de tierra
entre tus sombras deshecho.
Nada tendrás: nada tiene
quien, hoy, se acerca a mi cuerpo,
que ni me encuentra en mis labios,
ni detrás de mí, en el sueño...

Continuamente me llaman;
continuamente me acerco;
continuamente me empujan,
continuamente me alejo
y continuamente herido
a mi soledad me vuelvo...

La herida que en ella nace,
manándome está hacia adentro.

V

La Voz del Jardín
Soledad

Una cosa es renacer
y otra vivir con la muerte
para no quererla ver.

VI

De pie bajo un Arbol

Una cosa es estar muerto
y otra es el cerrar los ojos
por temor a estar despierto.

Yo sé bien lo que es morir
y sé lo que es despertar
por temor a no dormir.

Dejadme morir despierto,
que yo no quiero soñar
que dormir es estar muerto.

Lo que quiero es despertar,
cuando se acerque a mi cuerpo
quien lo tiene que llamar.

Llámame, que ya lo espero
y ya no puedo esperar.

VII

A Orillas del Alma

¡...Si yo pudiera alcanzar
el alba que tanto espero!

...Mejor comienzo a dormir:
a hundirme bajo mi cuerpo.

¿Para qué tanto buscar
fuera, lo que llevo dentro?...

VIII

TRES CANCIONES DE DESPEDIDA

1

HUYENDO voy de la muerte,
vengo huyendo de mí mismo,
que ya la muerte y mi cuerpo
tienen un solo sentido.

Tanto a mi cuerpo le temo,
que no sé si el estar vivo
es morir o estar despierto
o muerto soñar dormido.
No sé donde acaba el nudo
que amarra mi triste sino
con la cuerda de mi sueño,
sonda de mi propio abismo.
Abismo mudo es mi alma,
centro obscuro de mi olvido
adonde el mundo va entrando
igual que en el mar los ríos.

Muerto mi cuerpo, en mi alma
vivirá el mundo cautivo.
El mundo muerto, en mi alma
se alzará mi cuerpo vivo.
Vencida tengo a la muerte
que anduve el mismo camino:
ella lo anduvo por fuera,
yo por dentro de mí mismo.
Tanto temor padecí
como hallé, por fin, alivio.
Hoy no sé si vivo o muero
o en la eternidad habito.

2

MUCHO vine caminando
y al llegar, vuelvo a encontrarme
la muerte junto a mi lado.
Muerte, tanto llevo huído
y tanto me acompañaste
que ya no sé si estoy vivo.
No te culpo.
¿Acaso el cuerpo
dónde estoy, es cosa mía?
¿No es el huésped de tu sueño,
heraldo que tú me envías?
No te culpo.

¿Acaso es mía
la sombra que me acompaña?
¿Puedo conocer mi nombre
más allá de mi palabra?
Mucho vengo caminando
huyéndote, perseguido.
Aquí estoy, aquí te espero
como te temí de niño.
Ven; no me tengas parado
en medio de mi destino,
un ala bajo tu sombra
y otra en tu fuego más vivo.
Quiero ser fin de mi espera,
no mitad de tu infinito.
Quiero ser puerto del alba,
no puente de obscuro río.
Sálvame con tu guadaña
y déjame estar dormido,
fiel horizontal: cuajada
balanza de tu equilibrio.

3

VENGO de la sombra.
Mira
la blancura de mis huesos
levantándome sin carne

frente a la luz de tu pecho.
Tú, nada comprendes.
Mira
como me aprietan tus besos
y, sin temor, iluminan
los límites de mi cuerpo.
Tus labios me están cercando
y sobre mi piel abiertos
quedan arriba, en mis bordes,
cerrándome, como un cielo.
Yo te miro desde abajo,
pero no sé si estoy ciego
o sin recuerdo, ni olvido,
renazco bajo tus besos.
Como una piedra en un pozo
voy hundido, en el espectro
altísimo de mi llanto,
sin dolor y sin consuelo.
Y vivo tan escondido
al fondo de mi esqueleto
que, apenas mi corazón
reconozco en mis deseos.
Tú, nada entiendes...
Un mundo
rueda por mi sangre, muerto...
Míralo al fondo de mí,
como un guijarro que el tiempo
fuera arrastrando en su cauce

al hondo mar de lo eterno.
Nada me preguntes.
Ciñe
mi cintura a tu universo...
Vengo de la sombra...
Escucha
los ecos de mi silencio.

IX

EL TEMBLOR EN LA SOMBRA

Temor de amar

Detente, río que avanzas,
lento, interior,
mas seguro y fatal
constante, en el dominio
destructor de tu cauda.

Lo sé: la herida se produce,
se comienza a sentir:
cuando se aleja el filo del cuchillo
en el viento, o de los ojos,
la fina luz parada sobre el álamo,
o del amor, este más dulce, eterno
y doloroso rozar
con que dos cuerpos funden
su temblor en la sombra.
Entonces vienes tú,
río que avanzas ya

como el ardor insostenible
del verano en la selva,
que sólo deja tras de sí
sin ceniza,
un temeroso aliento
de fuego en el vacío.

Llegas, porque la sangre
es siempre maternal y amante.
Acudes a encubrir
lo roto, lo perdido
o lo que, por ser sueño
tan terrible se afana,
que, sin tocar al tiempo
por él naufraga
antes de pisar en la vida.

Y así te encuentras
rotos los árboles;
la canción sin forma...
Junto a la flor,
tronchada, la cabeza del pájaro,
cuya mirada fija
por el cieno y la muerte
es más eterna y grande
que la luz de la estrella.

Y avanzas lento,
caudal de sangre como voz del olvido.

Lento y tan silencioso,
incontenible soledad,
que haces nacer de ti aún no queriéndolo:
el frío y el temor que, a media noche
despierta al niño,
sin comprender que siente ya el dolor
su sangre perseguida,
de la forma que aún no sabe que es sueño.

Y avanzas lento,
también como la sombra
que se mete en el cuerpo de la noche,
entre sus hojas secas
y sus luceros muertos,
para darse de bruces
más tarde y sin ardor,
contra la piel del alba.

Detente, río que me invades
y arrastras lento
mi vivir, mis horas, mi pensar,
mi trabajo de hombre
tan seguro en lo bello.
Detente, porque al llegar
al borde de la herida,
igual que el alba corta
la sangre de la noche,
te has de parar, y has de dejarme pleno,

encerrado en mí mismo,
como un jarro de niebla
lleno de luz en el olvido,
sin unos ojos
o unos labios abiertos,
que puedan derramarme
aunque sea gota a gota,
sobre un tranquilo mar
en donde duerma mi consuelo.

X

Paréntesis

Toda el agua, desnuda,
tendida sobre el tiempo,
pierde pie en la memoria
de la luz en el cielo...

—¿Quién desarraigó el alma,
sin cuerpo, del misterio?...

—Fué la noche... ¡la noche!
¡Solamente la noche!...

(Toda el agua retumba
como un corazón hueco).

XI

Cárcel no, Gloria

Centro de un espejo vivo
como un pozo: como el hueso
de aquel mundo reflejado
que en su cristal me contempla.

Sin querer, hundo y me alzo
dentro de su transparencia,
no sé si buscando un alma
o por salirme de ella.

Quien me puso aquí, ya es amo
de mi ignorante presencia:
zumo y sabor de la pulpa
cristal por donde navega.

Miro por mi cuerpo y miro
no sé si por dentro o fuera

del espejo.
Busco el tacto
de su luna y sólo encuentra
mi mano en su propia mano
la sangre que la calienta.

No hay voz que suba a mis labios
sin ser voz que no me vuelva.
Dudo de mi pensamiento,
pues ya no sé a donde vuela,
ni si a sí mismo se busca
o de sí mismo se aleja.
¿Centro de qué espejo vivo
que tan difícil se entrega?
Por mi cuerpo ¿voy al cuerpo
que por mi cuerpo me espera
o es que, mi cuerpo es tan sólo
ventana de sus ausencias?

Cruce el mundo por mis ojos
su vendaval de riquezas.
Mi cuerpo es sólo camino,
camino que nunca llega.

XII

Invitación a la Muerte

Estoy aquí, preparado
a caminar por lo eterno
y a soportar el viaje
sin sed y sin llanto.
Mira
la blanca cruz de mi pecho,
signo final de la suma
de mis actos.
Mira el huerto
que, sobre el papel, labrado,
dejo tras mí floreciendo.
Mira el árbol de mi pluma
tendido sobre mi huerto.
Mis pensamientos te rondan
aún vivos, ya como espectros
que aguardan desde mi cerca
tu campana de silencio.
Detrás de mi cruz, se alzan
los fantasmas de mis hechos,

al lado izquierdo los malos
y a la derecha los buenos,
para ahorrarle a la balanza,
de tu justicia, su peso.
De tanto estar aguardando
se van cambiando en recuerdos
y mi cruz, en tu balanza
y en ti, yo mismo, en mi cuerpo.
Yo no sé, si ya no vienes
confundida.
Yo te espero,
te he esperado hora tras hora
y no has llegado.
No temas
herirme, ya soy tu hermano,
hijo de tu propio sueño.
Yo sí que temo. Mi vida,
de tanto estar en acecho
y aguardándote, no es vida.
Sólo es barrera del viento
mi piel y pared mi pecho,
donde, vendados, mis ojos
aguardan tus balas, ciegos.
Si has de venir, ven. Tus alas
sobre mis espaldas siento
y cuando extiendo mis manos
por buscarte, no te encuentro:
en lugar de tu llegada,

hallo a mi hermano muriendo.
¡Qué fuente de la hermosura
quiebras, en su tallo tierno!
Mientras yo, inútil, te aguardo
su sangre se va perdiendo.
Cámbiate el arco.
Prepara
la flecha que está latiendo
en él para mí.
Me salvas;
me libertas...
¡Estoy preso!...
¡Libre te quiero volar
si he de vivir en tu espejo!

XIII

El Cielo en la Voz

Aunque se rompa la caja
de mi canción, el sonido
ha de quedar siempre en pie
sobre el aire.
¡Firme, entero,
aunque se rompa el cantar!
Yo canto mi pensamiento
y el pensamiento, no es mío,
sino de quien me lo da.
Cuando mi cuerpo está vivo
canto lo que con él veo.
Cuando mi cuerpo se vaya,
quedará lo visto, eterno.
Hoy con la guerra me muevo,
mañana será en la paz,
luego, en la tierra, deshecho.

Cante lo que voy pensando;
lo que prestado me dan
con la vida; lo que tengo

que entregar, cuando mi sangre,
marchita, se niegue a andar.

Nada tuve ni me llevo.
Cuando me llamaron vivo,
tan sólo estaba escondido
por dar mejor lo que aún tengo.

Que vuelva el barco a la mar;
que suba el pájaro al cielo
y mi voz vuelva a cantar.

IV

ANGEL DE LA NOCHE

Yo no me conocía.
Estaba solo, en medio de la cumbre
alta y plana del mundo;
debajo de una noche
tan honda, tan lejana,
que, casi parecía
ser, noche en un espejo reflejada,
más que verdad segura
consentida del tiempo y permanente.

Era en ella el silencio,
aún mucho más silencio
que el silencio del alma,
porque estaba su sangre
sin carne, piel, ni huesos,
siendo cuerpo en la noche suspendido
de pie y ante los ojos:
universal presencia
de la sombra, tan hueca,
que a cada estrella parecía
poder pasársele
la mano por la espalda.

Sin carne el mundo así, sin carne el cielo:
¡qué angustiada existencia

la del hombre, esperando
fuera cada minuto
el fin del equilibrio!

Tal vez por eso, aquí, bajo esta sombra
y así bajo la noche
y bajo el universo,
mi pensamiento era también,
como la estrella,
duro, de metal frío y luminoso.

Y, más agudo, el corazón
clavado en mis entrañas se metía,
tan fino y afilado,
que, al no ser ya mi carne transparente
también, como una noche hueca
en un espejo reflejada,
me hubiera parecido
entrar por el dolor
tan lejos en la muerte,
que la vida dejada atrás,
fuera cristal inútil,
donde sólo mi nombre, y, para nadie,
quedara escrito, sin amor, en lo eterno.

Pero ante el vidrio frío;
en este invierno,

ante mis ojos empañados,
el calor de unas manos invisibles
fué borrando la bruma de las noches:
¿dentro? ¿fuera?...
¡A la vez!
Igual que en un encuentro.
Como tan sólo puede hacerlo o soñarlo,
ese supremo ser, presencia alada,
con la que Dios defiende
al hombre en soledad sobre la tierra.

Y así encontré: que, mano contra mano
y palma contra palma
y cielo contra cielo
de eterno contra eterno,
ángel o transparencia fué limpiando
mi piel,
dejándome vivir
frente a mis dos abismos:
en uno el corazón iluminado
sobre la plaza de mi sueño
y allá arriba, la luna suspendida
derramando en la rosa,
delante de mis ojos.

Y, aunque tal vez, para mi vista
la presencia cercana de tu verdad,
pudiera ser irresistible: ángel mío,
no me alejes tu mano de la frente.

Sienta yo el tenue tacto de su palma,
sobre la soledad
obscura y temerosa
que, hoy, al silencio agudo
de tus alas en cruz, viva se acoge.

Porque la noche es demasiado hermosa
para mancharla
con una duda solamente
y mi ceguera en ella,
pudiera ser más dolorosa aún
que el ascua misma
que me destruye el corazón
por los ojos abiertos, ángel mío.

Mas, ¿qué ha de hacer el hombre
contra el hálito eterno
que lo escogió fugaz presencia
de un minuto tan sólo entre las sombras?

Así, yo no me opongo
a que mi realidad
—dura conciencia sin sonrisa,
a la que ofrezco el lazo
de mis ojos perdidos
bajo el pozo más hondo
de la corriente obscura de mi sangre—,
pueda llegar a ser, en mí,
incontenible herida
por la que a lentos borbotones fríos,
sin sombra y sin dolor
vuelva a salirse el alma
ya olvidada, tan necesariamente
junto al temblor de las estrellas.

Y la inocente verdad del niño,
me vuelve a defender y me acompaña,
para sentir —más cerca que una lágrima—,
diminuto, en la rosa,
el brote de rocío
que la noche le da
como insignia, a lo Eterno.

Y más aún
a levantar desde mi olvido
y tras de cada beso en el amor
otros labios naciendo,
que, nuevamente anhelan,

como en su antigua flor
una luz que los salve
y en constancia mantengan
su ardor, como la vida
inconoscible y alta del lucero.

Angel mío, ¿estás aquí? . . .
Sí; porque ya estoy ciego
después de tanto hablar. . .
y tú me das el canto.
Pero te llamo, porque siento
el calor de la yerba
que nace y nace, lenta,
junto a mis sienes en descanso.
Y confundo
en los ecos lejanos de mi olvido:
el murmullo del agua
—en el arroyo, hacia la mar,
con el rumor de la alameda bajo el sueño.

Angel mío, ¿estás aquí? . . .
Sí; porque este frío,
que va cuajando mi cintura,
es, —presiento— la luna
bajo esa noche
que, aquí mismo, en mis versos,
pensó tener cautiva, en un instante,
todo el afán por tu hermosura despertado.

Angel mío: sé bien,
que tu verdad pudiera serme irresistible;
pero sigue cercano a mi cuerpo mortal,
porque sólo el sonido
del batir de tus alas misteriosas
sobre la doble noche de mis ojos,
me hace pensar que el hombre
por lo bello persiste y soporta el dolor
de su terrible sangre inconsistente;
porque también, a veces él,
cuando se olvida de sí mismo
para mirar a los luceros,
es, como tú, angel mío,
un sollozo de Dios
puesto en el mundo
y como el mundo, en pena
sólo por el amor
del cuerpo más perfecto.

LIBRO CUARTO

LA SANGRE ABIERTA

VUELTA Y PERENNIDAD EN EL JARDIN DEL CUERPO

I

LA VOZ ES UN RIO

I

Caracol sin Luna

¡Ay, la flor que tengo!

A la orilla del mar
mi caracol vacío,
retumba al viento:
—¡Ay, la flor que tengo!

Y por encima del mar.
Y por el mar, en el mar:
—¡Ay, la flor que tengo!

Y por debajo del mar.
Y al otro lado del mar:
—¡Ay, la flor que tengo!
Mi caracol vacío
retumba al viento.

—¡Ay, la flor que tengo!

II

Niebla de los Nombres

El mar, canta entre mis manos...
—¡Páralo!

Mis manos ¡qué mar de espumas!
—¡Qué árbol!

¿Arbol mi cuerpo en la luna?
—¡Qué alto!

¡Sobre mi lengua el lucero!
—¡Qué claro!

El sueño en llamas, mis manos.
—¡Páralo!

III

Cantar sonámbulo

¿Es mi cuerpo una caracola?
Cierro mis ojos para el sueño:
toda la sombra está en silencio.
¿Es mi cuerpo una caracola?

Estoy en el jardín. Mi pensamiento
se va alejando de la rosa.
Ir a la mar es su deseo.
¿Es mi cuerpo una caracola?

Está la fuente del jardín
abandonada a los luceros.
Tras del amor, lejos de mí,
cerca del mar, está el recuerdo.
¿Es mi cuerpo una caracola?

Cierro los ojos. Voy a dormir.
(Toda mi sombra está en el sueño).
Siento mi corazón latir.

(Retumba el mar contra el silencio).
¿Es mi cuerpo una caracola?

En la noche obscura de abril,
mi cuerpo duerme frente al cielo.
Baja la luna hasta el jardín
y pisa el nácar de mi pecho...

—Cerca de tí... Cerca de mí...
Lejos de aquí... (repite el eco).
Sobre la tierra obscura de abril,
duerme mi corazón, hueco.

(Mi cuerpo, es una caracola).

OTROS AIRES DEL TIEMPO

I

Cruz del Cuerpo

Que corra y corra la luz,
que yo duermo;
que corra y corra
la luz por el agua.

¡Ay luna del rocío,
bajo la sombra:
las ramas se menean,
las hojas lloran!

Que corra y corra la luz,
que yo duermo.
Que corra y corra
la luz por el agua.

¡Que la noche me llama!
¡Cómo me duele

el frío de sus lágrimas
sobre las sienes!

Que corra y corra la luz,
que yo duermo.
Que corra y corra
la luz por el agua.

Es mi cielo la tierra;
mi cruz el cuerpo;
mi lanzada la luna,
mi muerte el sueño.

Que corra y corra la luz,
que yo duermo.
Que corra y corra
la luz por el agua.

¡Ni los clavos me faltan!
(Cómo sujetan,
los labios de una rosa,
sobre la tierra).

Que corra y corra la luz,
que yo duermo.
Que corra y corra
la luz por el agua.

¿Dos ojos y unos labios
han suspendido,
al tiempo, por la noche,
sobre el olvido?

Que corra y corra la luz,
que yo duermo.
Que corra y corra
la luz por el agua.

Es mi sueño una fuente.
¡Brote la espuma!
(Sobre el arroyo, el río
y el mar, la luna).

Que corra y corra la luz,
que yo duermo.
¿Que corra y corra? . . .
¡La luz, sobre el agua!

II

Jazmín de la Noche

¡Ay, jazmín, tu estrella fría,
no hay ojos que la resistan!

Ayer, en las alamedas
tuve amor. Hoy, voy por ellas
bajo la luna, en espera
del amor que antes tenía...

¡Ay, jazmín, tu estrella fría,
no hay ojos que la resistan!

Tuve amor y hoy sólo quiero
saber que pude tenerlo,
pues que, por tu flor, ya veo,
jazmín, mi sangre perdida.

Que ¡ay, jazmín, tu estrella fría,
no hay ojos que la resistan!

Abiertas están las ramas
de mi sangre. Toda es agua
del silencio, nieve blanca:
flor que tu aroma suspira...

¡Ay, jazmín, tu estrella fría,
no hay ojos que la resistan!

Y, así, jazmín, por olvido,
soy tu flor y sueño vivo
en la noche, entre suspiros
de amor que, sin ti, perdía.

Que ¡ay, jazmín, tu estrella fría,
no hay ojos que la resistan!

Vengo de la flor, tan lejos,
que ya desconozco el sueño,
y, al desconocerlo, entrego
mi flor entera, a su vida...

Que... ¡Ay, jazmín, tu estrella fría,
no hay ojos que la resistan!

III

Ojos de la Muerte

¿Dónde están?
¿Dónde están?...
—¡Por el aire van!

Los ojos de mi muerte,
van paseando...
(Estrellas por el cielo;
luna en el prado).

¿Dónde están?
¿Dónde están?...
—¡Por el aire van!

Los conduce el silencio,
junto al suspiro,
bajo las alamedas
que cruza el río.

¿Dónde están?
¿Dónde están?...
—¡Por el aire van!

En bandeja de hielo,
manos de plata,
los ojos de mi vida
cruzan el agua.

¿Dónde están?
¿Dónde están?...
—¡Por el aire van!

En bandeja de plata,
manos de hielo,
los ojos de mi vida
cruzan el cielo.

¿Dónde están?
¿Dónde están?...
—¡Por el aire van!

¿Y el cuerpo de mi muerte?...
—Sobre la yerba:
mi corazón sin sangre
la luna sueña.

¿Y el cuerpo de mi vida? . . .
—Bajo la noche:
el corazón del cielo
su luz esconde.

¿Dónde están?
¿Dónde están? . . .
—¡Por el aire van!

¡Muertos están mis ojos!
Las alamedas
son alas, de la sombra
que los despierta.

¿Dónde están?
¿Dónde están? . . .
—¡Por el aire van!

Bajo las alamedas
pasan y cruzan. . .
(Junto al ciprés,
más blanca se hace la luna).

¿Dónde están?
¿Dónde están? . . .
—¡Por el aire van!

IV

Jacinto en el Alba

Verde y pequeño, entre espadas,
jacinto, tu flor abrasa.

Mis pies van buscando tierra.
Todo el jardín es estrella
de la noche, en que la hoguera
de tu flor tierna naufraga.

Que, aunque pequeña, entre espadas,
jacinto, tu flor abrasa.

Yo estoy, como tú, cautivo
de aroma. Tu aroma sigo. . .
Y, como tú, en él me olvido,
humilde marfil en llamas. . .

Que, aunque pequeño, entre espadas,
jacinto, tu flor abrasa.

Diminuto, en ti me quedo
temblando, en el blando fuego
que, en invertidos luceros,
de tu corola derramas.

Que, aunque pequeña, entre espadas,
jacinto, tu flor abrasa.

Como tú, al nacer, no olvidas
el suelo y hasta él inclinas
tu olor y nieve, flor cándida,
en él mi desmayo salvas.

Y aunque pequeña, entre espadas,
jacinto, tu flor me abrasa.

Y, en ti, contigo, hallo tierra.
Y de nuevo en la alameda
la estrella luce entreabierta
mientras el surtidor canta:

—Verde y pequeño, entre espadas,
jacinto, tu flor abrasa.

V

La Sangre escondida

Que me cela
y me ronda la luna.
¡Que me cela!

¡Ay! ¡mi cuerpo! ¡qué espinas
me lo han robado!
(La noche y el rocío
lo andan buscando).

¡Que me cela
y me ronda la luna;
que me cela!

—¿El ciprés? . . .
¿Esa sombra? . . .
¡No!
(Quieto el frío

en los labios del viento,
cuaja en suspiro).

¡Que me cela
y me ronda la luna!
¡Que me cela!

—¿Se han quejado los juncos?...
—¡No!
(En la cañada,
un lucero sin brillo
se hunde en el agua).

Que me cela
y me ronda la luna.
¡Que me cela!

—¿Acaso entre los árboles,
(qué obscuro llanto)
no es el eco de un beso
que está manando?...

Que me cela
y me ronda la luna.
¡Que me cela!

Sangre, sangre, ¡tan fría!
qué fuego pones

bajo las alamedas
donde te escondes...

Que me cela
y me ronda la luna.
¡Que me cela!

¡Sombra, sombra, ya!
Déjame,
yerba en rocío:
más lejos que mi cuerpo
llega el olvido.

Que me cela
y me ronda la luna.
¡Que me cela!

II

PUERTA DE LA SANGRE

UMBRALES VENCIDOS

I

Arboles

La alameda está honda,
mas no el tiempo.
La sombra,
antes de ser, ya alzaba
su pilar de armonía,
debajo de los árboles
que hoy forman la avenida.

Los álamos, si están,
ya siempre fueron álamos
o van a ser o han sido.
(Todo es brocal de Eterno
bajo este negror frío).

Y, acaso un árbol solo
es toda la alameda.

(¡Qué obscura voz de Estío
bajo las hojas secas!)

—¿Un árbol? —¡Sólo un árbol!..
Y mi mano se acerca
para tocar el tronco
o el sueño que la asedia.

Mas ¡no hay árbol!...
La mano
abierta, insiste y palpa.
(Como la piel de un eco
una sombra resbala).

Y... ¡otro árbol!
Y voy
y otra vez se me escapa.
(Sobre mi mano, el viento
se va cuajando en lágrimas).

De árbol en árbol voy
formando mi alameda.
Del cielo entré en su sombra:
ahora soy sombra en ella.

¿Sombra en ella?...
¿Y mi cuerpo?..

(Un álamo, sus ramas,
húmedas por la luna,
hacia mis hombros baja).

¿En dónde estoy?...
(Las hojas
parecen que se quejan).
Los árboles me buscan,
sin encontrar mi huella.

.....

Un árbol y otro y otro
y ninguno, son todos
los árboles que llaman...

(Pero... ¿y mi cuerpo?)
El árbol,
mueve libre sus ramas.

Cae una flor. (El viento
la ha soltado).
Y cruza,
ya tan sólo mi ausencia.
(Sube al cielo la luna).

¿Dónde estoy? ¿Dónde estuve?...
Y toda la alameda

se ahonda; mas no el tiempo
que la levanta eterna.

Pero, ¿quedó un suspiro?
La soledad que duerme
junto al cauce del río.

II

El Ausente

Huyo de mí;
huyo de ti,
huyo de nosotros dos
y de la sombra de en medio,
sin más remedio.

Con luz de luna o de sol,
nuestra sombra será cruz
sin más remedio.

Por eso...
Huyo de ti,
huyo de mí,
huyo de nosotros dos...
Y... en el aire vivo, abierto.

¡Sin más remedio!

III

CANCION DE DOS RUMBOS

I

Despedida

Recibí,
lo que me diste...
Lo que te di
lo perdí.

(Sal lucero;
luna sal,
que la sangre
se me va
y la vida
no me llega...
¡Luna, sal!)

¿Lo que no te di
me diste?...

Sí, por perder
lo que te di.

(Sal, lucero;
luna, sal,
sálvame tú,
soledad).

Y, aquí estoy...
—¡lucero, sal!—.
¿Qué gané?:
Lo que perdí.
Sí,
todo lo que no di.
Todo lo que pude dar
y no di,
ahora me duele
y me llama.

(Sal, lucero;
luna, sal
que la sangre
se me va
y la vida
no me llega...
¡Luna, sal!).

Réplica

Mira, que el jardín se hundió.
—¿En dónde?
En tu corazón.

(Sal lucero,
luna sal. . . . .
que la muerte
se me va
y la vida no me llega.
¡Luna, sal!)

Mira, que el jardín nació.
—¿En dónde?
En mi corazón.

(Sal lucero;
luna, sal,
sálvame tu soledad).

¿Arbol en tu corazón?
—Sangre de luz en mis ramas.

¡Fuego de sol en mi flor!
—Mi beso, fruto en tus llamas.

(Sal lucero,
luna sal
que ni la muerte
me llega;
ni la vida
se me va. . .
¡Luna, sal!).

El cielo y la tierra,
callan.

IV

El Eco presentido

¿Germina el sueño?

—En el llanto
la Muerte se ahogó...
—¿En el llanto?

La Muerte se ahogó
en el sueño...
—¿En el sueño?

En tiempo se ahogó
el olvido...
—¿En tiempo?

En el olvido,
la Muerte se ahogó..
—¿La Muerte?

¡Germina el sueño!
—¿Germina?...

V

LA FORMA QUE AUN NO LLEGA

(Coplas Dialogadas)

1

Cállate, porque el dolor
no sabe lo que te digo,
y, aun no tiene voz...

—¿Tan cruel el tiempo?
—Tan ciego.

2

-¿Y, si en el cielo, una estrella
naciera, yo la vería?

Amor: tus ojos no tienen
cristal de sueño en la vida...

—¿Tan cruel el tiempo?
—Tan ciego.

3

—Pero, en la arena que piso,
¿dejo mi huella?...

¡Silencio!
—Al fin... el espacio, ¿vive?
¡Silencio!

Amor: tu cuerpo, sin pie,
junto a mi lado...
Tu pie sin cuerpo...
.....

—¿Tan cruel el tiempo?
—Tan bello.

VI

ORBITA DE MI VIDA

ANTES, la flor del recuerdo.
Hoy, la llama del deseo.
Siempre: la noche, el lucero
y el ciprés —sombra—,
¡el ciprés y el beso!

III

EL GERMEN QUE SE CUMPLE

I

MÁS HUÍDA

Puerta al Jardín

Y de pronto: ¿aun más cielo?
No, la alameda abierta,
y, en el suelo, la sombra
llamándome hacia ella.

Y ¡no he de ir! No voy.
El cuerpo me lo impide,
pues, reclamado, es huésped
de la ausencia en que vive.

Sí, que perdió su forma
por las hojas más altas,
y, hoy, tierno, crece en ellas
hacia las nubes blancas.

Ausencia...
Luz...
Las hojas...

(Todo mi amor, ya es árbol:
cabellera que, al viento
de mi sueño levanto).

¿Cabellera?... Son tallos
de mi sangre, que huyen.
(Mi pensamiento, es cauda
de esas lejanas cumbres).

Pero, un temor me duele.
—¿Un temor?...
Es lo eterno:
otra flecha, sí, el rayo
de la luz, en mi pecho.

¡La luz! ¡La luz clavada
viva, sobre mi ausencia!...
(Hoy me devuelve en rapto,
todo mi amor, su hoguera).

Hoguera diminuta,
mas ¡qué profunda espina!
No, ya, jamás del sueño
podré tener salida.

Pero mi corazón
¿no estaba con las hojas?

Aun cuelga entre las ramas
el temblor de su sombra.

Porque la luz, cambiando
el arco de la ausencia,
aunque hiriéndolo, al cuerpo
volvió a dejar en tierra.

Y, en ella estoy.
¿Quién llama?
—La sombra sobre el suelo.
Arboles, esperadme
junto al "umbral del sueño".

II

Noche cerrada

(Canción a destiempo)

¿Y el jazmín?
—Junto a la fuente.

¿Y la estrella?
—Con su aroma.

¿Y mi corazón?
—En sombra.

(Detente, noche:
la luna te busca...
detente).

III

EL GERMEN QUE SE CUMPLE

I

Pero el jardín, tan cerrado,
¿en dónde está?
Ni sus muros
dan la sombra —seña
de su retiro—; ni el agua
correr se siente;
ni el rumor de la alameda
levanta el sueño,
ni el ciprés vierte
su llanto de pena o luna
sobre el temor de la fuente.

¡Noche cerrada!
—(¿Aún la noche?) ...

Jardín sin tiempo, dolor—:
¿dónde está tu cuerpo?

¿hacia dónde huye?...
"El misterio nos hace vivir"
lo sé, jardín cerrado;
pero... ¿en dónde tu misterio?
¿Es su presencia tu Nada?...
Tu tierra está sin raíz;
sin árbol está tu cielo...
Esta sombra, no es la espina
—lengua de tu corazón—,
campana de tu silencio.
Amor es tu trasparencia,
no tu desierto.

¿Dónde has perdido el sabor
de tu sangre, que era fuego?...
Tus pájaros son cenizas de muerte.
¿Acaso estas hojas son,
sobre el suelo,
eco de tu flor al aire?...
¿Sombra herida de tu sueño?
¿Amor que el jardín pregunta?...
¿Amor que es jardín:
—pregunta de amor—,
amor de cuerpo completo?...

¿Acaso estás, y, no hay ojos?
Tu luz, ¿ha roto la vista?
¿el tacto? ¿el olor?...

(No se oye, en ti, ni el recuerdo).
Sobre el labio, la saliva
y tu rocío,
confunden sus dos deseos.

Jardín cerrado: tus muros,
¿en dónde elevan sus pétalos?

2

ALGUIEN pasa y canta
y pasa,
buscando al jardín:
sabía que, en las ramas de sus árboles
antes, temblaba su vida...

—Jardín cerrado, consuelo,
alivio de soledad,
¿ya te has perdido en el tiempo?

Alguien pasa y canta
y pasa,
pensando: —¿ni sus ruinas
me han de dar, entre sus yedras,
lo que ya mi sangre olvida?...

—Jardín cerrado; mi alma,
sueño y soledad, marchita.

Alguien pasa y canta
y pasa,
debajo de la alameda.

—Jardín sin tiempo:
el Amor,
¿dónde arrastra sus cadenas? . . .

Alguien pasa y canta
y pasa. . .
(Se esconde la luna).
El cielo baja al jardín. . .

—Jardín, ¿tu sangre es el cielo?

Alguien pasa y canta
y pasa. . .

3

¿Cayó la noche?
—La Sombra.
(La piel de la Noche).

4

¡La luz! ¿Sin nombre la luz? . . .
—Pero la luz será el nombre.
Nombre de luz de la luz,
el Nombre.
La luz, el hombre.

(Jardín cerrado: tu voz
se empieza a ordenar. . .)

—¿Nace un árbol?
. . . . . .

Muere la sombra.
(—Se rompe).
Vuelve el misterio a vivir.
Vuelve a lucir el misterio,
sin muros, en el jardín. . .

(—¿Cerrado? . . .)
¡Jardín de luz!

—¡Sin nombre el jardín? . . .
La luz, sin nombre, esperando
el cuerpo del hombre: ¡Luz!

5

JARDÍN cerrado: ¿tus muros
filtran el tiempo?...

(Semilla soy, fecundada
del tiempo, en la tierra eterna...)

—Semilla, no, cuerpo y luz
hacia arriba...

¿Y árbol ya?...

—¡Arbol!

6

-¿TAN alto el árbol?
¡Arriba!
¡Hacia arriba!

(Cuidado con el lucero...)

¡Más alto el árbol!
¡Arriba!
Aún más arriba...

(Tras el lucero, la luna...)

¡Arriba!

(Y, tras de la luna, el cielo...)

¡Hacia arriba!...

.....

(—¿Sin nubes, el sol?...)

¡Más alto!

¡Hacia arriba!

7

¡CUIDADME a los hombres,
que el corazón se me rompe!

IV

Canción para los Ojos

Lo que yo quiero saber
es dónde estoy...
Dónde estuve,
sé que nunca lo sabré.
A dónde voy ya lo sé...

Dónde estuve,
dónde voy,
dónde estoy
quiero saber,
pues, abierto sobre el aire,
muerto, no sabré que, soy vivo,
lo que quise ser.

Hoy lo quisiera yo ver;
no mañana:
¡hoy!

V

CUATRO COPLAS CON TIEMPO

(Guitarra de la Noche sin Sombra)

1

El mañana y el ayer,
son tres mañanas con hoy:
pensar es amanecer.

2

Amanecer y morir
desnudan al pensamiento
que eterno sueña vivir.

3

¡Hoy!... ¡Presente!... ¡En el momento!...
Tanto queremos tener,
que olvidamos que es el tiempo,

sólo memoria del ser
que busca conocimiento.

4

... Y fin: que todo es lo mismo.
Tiempo parado es el hombre.
Su sueño sólo, Infinito.

VI

...AQUÍ ESTOY

ESPÉRAME bajo el árbol.
Bajo la sombra del árbol.
En la yerba, bajo el árbol.

Mi corazón tiene sombra.
No tiene sombra mi voz;
ni mi vida, ni mi muerte...
No tiene sombra mi cuerpo.
Mi cuerpo —todo Universo—,
no puede darte descanso...

Pero búscame en el árbol.
Bajo la sombra del árbol.
Verde, en la tierra, a su sombra;
tierno en la yerba, en la sombra
del árbol:
¡toda mi sangre a tus labios!

Pero, déjame en el árbol.
Bajo la sombra del árbol.
En la yerba, bajo el árbol.

Si otra vez quieres: me buscas
bajo este cielo en que hoy canto,
bajo los pies de la yerba,
¡toda mi luz sobre el barro!

VII

El Cuerpo ante el Espejo

1

Coge esta hoja
—¿Esta hoja?...
¡Lo que me das
es tu sombra!...

2

-¿Mi sombra?... ¿Acaso es río
de mi cuerpo todo el árbol?

Sí, todo el árbol...

—¡Pues toma
toda mi luz!...

—¿Y tus hojas?

3

Río del cuerpo, silencio:
deja pasar tu misterio. . .

4

Agua sin puente es mi agua.
Arbol sin tallo y sin ramas.

—¿Sin hojas?. . .
Sin hojas, sí.
Y sin sombra.

5

¡Hacia la mar! Al mar alto
subió el río . . .
Al alma se subió el árbol. . .

—Subió y está.
—¿Bajo el cielo?
—¡Presente ante Dios! . . .
Tal vez. . .
¡Razón de todo el milagro!

IV

EL CUERPO EN EL ALBA

AHORA sí que ya os miro
cielo, tierra, sol, piedra,
como si al contemplaros
viera mi propia carne.

Ya sólo me faltabais en ella,
para verme completo
hombre entero en el mundo
y padre sin semilla
de la presencia hermosa del futuro.

Antes, el alma vi nacer
y acudí por salvarla,
fiel tutor perseguido y doloroso
pero siempre seguro
de mi mano y su aviso.
Ayudé a la hermosura
y a su felicidad,
aunque nunca dudé que traicionaba
al maestro, el discípulo,
más, si aquél daba forma
en su libertad,
al pensamiento de lo bello.

Y así vistió su ropa
mi hueso madurado,
tan lleno de dolor y de negrura,
como noche nublada
sin perfume de flor,
sin lluvia y sin silencio...

Sólo el cumplir mi paso
aunque por suelo tan arisco,
me daba luz y fuerza en el vivir.

Mas, hoy, me abrís los brazos,
cielo, tierra, sol, piedra,
igual que presentí de niño
que iba a ser la verdad bajo lo eterno.

Hoy, siento que mi lengua
confunde su saliva
con la gota más tierna del rocío
y prolonga sus tactos
fuera de mí, en la yerba
o en la obscura raíz secreta y húmeda.

Miro mi pensamiento
llegarme lento como un agua,
no sé desde qué lluvia o lago
o profundas arenas

de fuentes que palpitan
bajo mi corazón ya sostenido
por la roca del monte.

Hoy sí, mi piel existe,
mas no ya como límite
que antes me perseguía,
sino también como vosotros mismos,
cielo hermoso y azul,
tierra tendida...

Ya soy, Todo: Unidad
de un cuerpo verdadero.
De este cuerpo que Dios llamó su cuerpo
y hoy empieza a sentirse
ya, sin muerte ni vida,
como rosa en presencia constante
de su verbo acabado y, en olvido
de lo que antes pensó aun sin llamarlo
y temió ser: Demonio de la Nada.

INDICE

Págs.

INGRESO A UNA TRANSFIGURACIÓN, por *Juan Larrea* . 7

JARDIN CERRADO

LIBRO PRIMERO. *Jardín Perdido*

PRIMERA PARTE. *Nostalgias y Sueños.*

I. Arboles 29
II. Alamo en calma. 32
III. Junto al Arroyo. 33
IV. Primeras Nostalgias del Jardín perdido . . . 35
V. Soledad en el Alba. 41
VI. Bajo la Alameda 42
VII. Temor de Abril. 45
VIII. Refrán 49
IX. Mi Universo. 50
X. Dos Sombras. 53
XI. Otra vez. 54
XII. Media Noche 56
XIII. Gemir de Mayo 58
XIV. Copla. 59
XV. Tres Nostalgias sin Tiempo 60
XVI. Romance. 62
XVII. Ultimas Nostalgias del Jardín perdido. . . . 64
XVIII. Dos Canciones del Viento 71
XIX. ¿Todo se ha perdido? 73
XX. Bajo la Alameda 76

Págs.

XXI. Bajo el Ciprés 77
XXII. Copla. 79
XXIII. La Voz inmóvil. 80
XXIV. La Pena en el Agua 82
XXV. Refrán 83
XXVI. Jardín cerrado 84
XXVII. Copla. 86
XXVIII. La Soledad cautiva 87
XXIX. El Tiempo en la Sangre 89
XXX. Copla 91
XXXI. Rincón de Olvido 92
XXXII. Copla. 93
XXXIII. Nostalgias del Campo abierto. 94

SEGUNDA PARTE. *Las Alamedas.*

Cantar del Atardecer 99

LIBRO SEGUNDO. *El Dormido en la Yerba*

PRIMERA PARTE. *Cantares, Coplas y Sentencias.*

I. Cantar del Dormido en la Yerba. 109
II. Paz 114
III. Refrán 115
IV. El Temor bajo el Viento 116
V. Cantar triste. 120
VI. El Pecho y la Luna 122
VII. Copla. 125
VIII. Invierno en el Jardín 126
IX. Cantar obscuro 129

Págs.

X. Muerto en el Sueño. 130
XI. Amor. 131
XII. Plazuela 132
XIII. Puerta de mi Sangre 134
XIV. Nocturno inmóvil 136
XV. Ya nada busco 138
XVI. Dormido en la Yerba 140
XVII. Voy de noche 143
XVIII. Desvelo 144
XIX. Bajo la Alameda 145
XX. Germinal. 148
XXI. Copla del Querer 150
XXII. La Voz del Sueño 151
XXIII. Tres Coplas del Llanto. 152
XXIV. Sangre de la Noche 154

SEGUNDA PARTE. *La Soledad y el Sueño.*

Tres Tiempos de Soledad 161
Tres Canciones
I. 171
II. 173
III. 174

El Sueño
Dormido despierto 179
Varias Canciones
I. Yerba de Rocío. 185
II. Temor de Abril. 187
III. Rumor del Sueño 188
IV. Media Noche 189

Págs.

Libro Tercero. *Umbrales de Sombra*

Primera Parte. *Noche Humana.*

I. 195
II. Canción 198
III. La Rosa en la Mano 199
IV. Cruz de la Sombra. 201
V. Media Noche 207
VI. Fiel del Día. 208
VII. Ultima Sombra 209
VIII. Sobre la Tierra 212
IX. Nostalgias del Agua y el Sueño 215
X. Insomnio. 217
XI. Orbita de mi Sueño 219
XII. Copla 220
XIII. Insomnio. 221
XIV. Jazmín nocturno 223
XV. Otra Copla 224
XVI. Tres Coplas de Guitarra en la Noche 225
XVII. Página fiel 226
XVIII. Vela 227
XIX. En la media noche 228
XX. Yunques de Soledad 231
XXI. Mitad de la Vida 232
XXII. Burla de Sombras 234
XXIII. Vuelta de la Sombra 236
XXIV. Angel desnudo 239
XXV. Soledad 241
XXVI. Pulsos de la Muerte 242
XXVII. Insomnio en el Jardín 243
XXVIII. La Flor y el Reflejo 246
XXIX. Anochecer 247

Págs.

Segunda Parte. *Otro Amor.*

I. Puñal de Luz 251
II. Ambitos 253
III. Canción sin Cuerpo. 255
IV. La Voz en el Jardín. 256
V. La Voz del Jardín 257
VI. Ciudad de la Sangre 258
VII. La Voz en el Jardín. 261
VIII. Piedra de tu Nombre 262
IX. Oración junto al Alba 265
X. Fiel en la Aurora 267
XI. La Voz en el Jardín 269
XII. Torre de la Muerte 270
XIII. Te sigo, Amor 272
XIV. Cantar de Noche 274
XV. La Voz en el Jardín 276
XVI. ¿Qué importa el Dolor? 278
XVII. Cuerpo perseguido 280
XVIII. Otro Amor 282
XIX. Cielo de Bautismo 283
XX. Sombra de Abril 286
XXI. Voz de la Luz 289
XXII. Copla. 291
XXIII. Castillo sin Fuerza 292
XXIV. Espejo que no acaba 295
XXV. Huída 296
XXVI. La Voz en el Jardín 298
XXVII. Fiel 299
XXVIII. Mitad de la Sangre 301
XXIX. Soledad 302
XXX. Pasión del Sueño 303

Págs.

TERCERA PARTE. *Constante Amigo.*

I. La Muerte y el Jardín 307
II. Canción 309
III. Cerco al Amanecer. 310
IV. Fuente de la Noche. 313
V. La Voz del Jardín 315
VI. De pie bajo un Arbol 316
VII. A Orillas del Alma. 317
VIII. Tres Canciones de Despedida 318
IX. El Temblor en la Sombra 323
X. Paréntesis. 327
XI. Cárcel no, Gloria 328
XII. Invitación a la Muerte. 330
XIII. El Cielo en la Voz. 333

CUARTA PARTE. *Angel de la Noche.*

I. Yo no me conocía 337

LIBRO CUARTO. *La Sangre Abierta*

PRIMERA PARTE. *La voz es un Río.*

I. Caracol sin Luna 349
II. Niebla de los Nombres. 350
III. Cantar sonámbulo 351

Otros Aires del Tiempo

I. Cruz del Cuerpo. 355
II. Jazmín de la Noche 358
III. Ojos de la Muerte. 360
IV. Jacinto del Alba 363
V. La Sangre escondida 365

Págs.

SEGUNDA PARTE. *Puerta de la Sangre.*

I. Arboles 371
II. El Ausente 375
III. Canción de dos Rumbos 376
IV. El Eco presentido 380
V. La Forma que aún no llega. 381
VI. Orbita de mi Vida 383

TERCERA PARTE. *El Germen que se Cumple.*

I. Más Huída 387
II. Noche cerrada 390
III. El Germen que se cumple. 391
IV. Canción para los Ojos 398
V. Cuatro Coplas con Tiempo 399
VI. Aquí estoy 401
VII. El Cuerpo ante el Espejo 403

CUARTA PARTE. *El Cuerpo en el Alba.*

I. El Cuerpo en el Alba 407

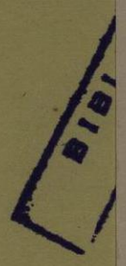
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR ESTE LIBRO EN LA EDITORIAL CVLTVRA, TALLERES GRAFICOS, S. A., AVE. REP. DE GUATEMALA 96 DE LA CIUDAD DE MÉXICO, EL DÍA 16 DE AGOSTO DE 1946.

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

Esta publicación deberá ser devuelta antes de la última fecha abajo indicada.

PQ662
.R37
J3

AUTOR
PRADO
TITULO



CUADERNOS AMERICANOS

(La Revista del Nuevo Mundo)

Imprescindible para conocer las palpitaciones del pensamiento hispanoamericano de que es órgano supremo.

Aparece bimestralmente al precio de 4.00 pesos en México y de 0.90 dólares en los demás países.

Suscripción anual: México, 20 pesos; otros países, 5 dólares.

Ediciones Cuadernos Americanos

Alternando con los números de la revista han aparecido ya los siguientes libros:

1.—*Ganarás la luz...*, por León-Felipe. 5.00 pesos.

2.—*Juan Ruiz de Alarcón, su vida y su obra*, por Antonio Castro Leal. 5.00 pesos.

3 y 4.—*Rendición de espíritu*, por Juan Larrea. 2 Vols. 10.00 pesos.

5.—*Orígenes del hombre americano*, por Paul Rivet. 5.00 pesos.

6.—*Viaje por Suramérica*, por Waldo Frank. 7.00 pesos.

7.—*El hombre del buho*, por Enrique González Martínez. 5.00 pesos.

8.—*Ensayos interamericanos*, por Eduardo Villaseñor. 5.00 pesos.

9.—*Martí, Escritor*, por Andrés Iduarte. 7.00 pesos.

OTRAS PUBLICACIONES

La revolución mexicana en crisis, por Jesús Silva Herzog. 1.00 peso.

El Surrealismo entre Viejo y Nuevo Mundo, por Juan Larrea. 3.00 pesos.

Sugestiones para la Tercera República Española, por Manuel Márquez. 1.00 peso.

Un Ensayo sobre la Revolución Mexicana, por Jesús Silva Herzog. 3.00 pesos.

Precio de este volumen:

MEXICO ..... 7.00 pesos

OTROS PAISES ..... 1.60 dólares

PQ662
.R37
J3

AUTOR
PRADO
TITULO

CUADERNOS AMERICANOS

(La Revista del Nuevo Mundo)

Imprescindible para conocer las palpitaciones del pensamiento hispanoamericano de que es órgano supremo.

Aparece bimestralmente al precio de 4.00 pesos en México y de 0.90 dólares en los demás países.

Suscripción anual: México, 20 pesos; otros países, 5 dólares.

Ediciones Cuadernos Americanos

Alternando con los números de la revista han aparecido ya los siguientes libros:

1.—*Ganarás la luz...*, por León-Felipe. 5.00 pesos.

2.—*Juan Ruiz de Alarcón, su vida y su obra*, por Antonio Castro Leal. 5.00 pesos.

3 y 4.—*Rendición de espíritu*, por Juan Larrea. 2 Vols. 10.00 pesos.

5.—*Orígenes del hombre americano*, por Paul Rivet. 5.00 pesos.

6.—*Viaje por Suramérica*, por Waldo Frank. 7.00 pesos.

7.—*El hombre del buho*, por Enrique González Martínez. 5.00 pesos.

8.—*Ensayos interamericanos*, por Eduardo Villaseñor. 5.00 pesos.

9.—*Martí, Escritor*, por Andrés Iduarte. 7.00 pesos.

OTRAS PUBLICACIONES

La revolución mexicana en crisis, por Jesús Silva Herzog. 1.00 peso.

El Surrealismo entre Viejo y Nuevo Mundo, por Juan Larrea. 3.00 pesos.

Sugestiones para la Tercera República Española, por Manuel Márquez. 1.00 peso.

Un Ensayo sobre la Revolución Mexicana, por Jesús Silva Herzog. 3.00 pesos.

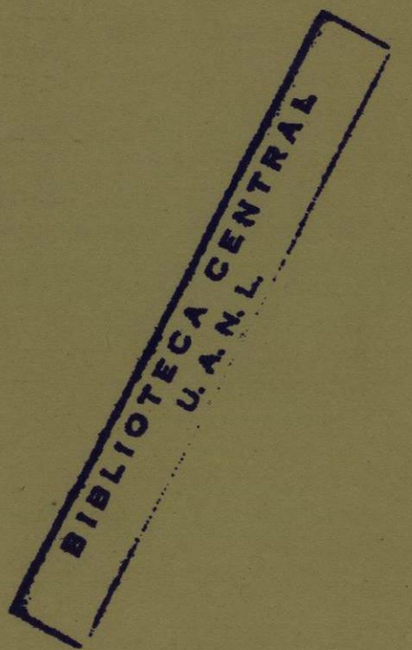
Precio de este volumen:

MEXICO ..... 7.00 pesos

OTROS PAISES ..... 1.60 dólares

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

Esta publicación deberá ser devuelta antes de la última fecha abajo indicada.

PQ6629 CAP
.R37
J3 32076

AUTOR
PRADOS, Emilio
TITULO